REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXIV | San José, Costa Rica **1932** Sábado 16 de Abril | Núm. 13

Año XIII. No. 581

SUMARIO

PERSIFLAGE

Meditación sobre Montalvo

= *Colaboración directa* =

Para el licenciado don *Víctor Guardia Quirós*, hombre de admirables síntesis que reune la devoción liberal por Voltaire y la conservadora por Santa Teresita del Niño Jesús y sabe que una y otra son salud y bendición del alma.

Montalvo ofrece una serie de problemas que nos conviene apuntar ahora que estamos en el año del primer centenario de su nacimiento, o en vísperas de ese año, para ver si ello nos ayuda, un poquito aunque sea, a arreglar nuestra desarreglada América. Lo fundamental es esto: Que América está por los cuernos del diablo, la nuestra y la otra, envejeciendo sin haber sido joven, así como esas frutas que se pudren sin haber madurado. Nuestra América está en bancarrota, llena de deudas y sin conciencia, porque sin provecho, de haber aprovechado nada de lo mucho que tomó prestado y que ahora se le cobra. Ni quiero referirme a este respecto sólo a lo material, a los millares de millones de dólares que debemos por medio de Wall Street, sino especialmente a lo espiritual. ¿Qué hemos hecho de la civilización? ¿Qué del genio? ¿Qué de la gracia divina? ¿O será mentira que el mundo, que la naturaleza, que Dios nos hayan colmado de estos dones?

Comencemos con que, a ciencia cierta, no sabemos si en efecto sea éste que corre el año del centenario del nacimiento de Montalvo. Creíamos que el célebre y casi olvidado escritor había nacido en Ambato el 13 de abril del 1833. Pero ahora viene **Repertorio Americano** con la preciosa y reverente página de Carrera Andrade a decirnos que no, que el año en que nació Montalvo fue el 32 del siglo pasado, y de pronto nos vemos, cogidos de sorpresa, en la necesidad de no dejar pasar sin debida conmemoración esta efemérides. Me ha dado vergüenza ser sorprendido en esto. Yo, que puedo decir con soltura desde las fechas que se le atribuyen a Menes—las que dicen Maspero, Flinders Petrie, Breadstead, Rawlinson y Wiedemann—hasta las de los informes de Hamilton al Congreso de los Estados Unidos; que sé, en una palabra, infinidad de fechas ajenas, respecto de Montalvo estoy inseguro del año en que nació. El problema es importante. Importante porque, con las fechas de Menes, me sé la configuración y cien detalles más de los reinos que se unieron bajo su cetro y látigo, simbolizados en la doble corona con que los escultores adornaron sus efigies, y con las fechas de Hamilton tengo lúcidas en la memoria las luchas de su época y patria adoptiva—que no era del Norte Hamilton sino nacido y criado en nuestra América tropical—; pero del Ecuador y de Montalvo lo que sé es todo incierto, como si jamás me hubiera importado ese saber. Y este es el problema: ¿Me importa, en esta Puntarenas costarricense, saber a ciencia fija de Montalvo y de su patria?

Tengo una noción vaga de que en tiempos de Montalvo se atacó duramente al gobierno ecuatoriano que unió sus débiles fuerzas a las de Chile y Perú para una guerra contra España; no podría definir exactamente cómo fueron los sucesos pero creo que alguna vez se llamó en el Ecuador, vivo aún Montalvo, "feroces invasores del Norte" a las tropas colombianas enviadas a intervenir en no sé qué revuelta ecuatoriana; y aún tengo ligera memoria de haberse atacado con veneno, por la misma época, la intervención peruana en cuestiones internas del Ecuador. De medio siglo a esta parte nos hemos venido creando una falsa independencia unos de otros en nuestra América, tan sin cuidarnos de la independencia verdadera que ahora todos lloramos de vernos bajo el común yugo del verdadero Norte. Como en el Ecuador así ha sido en Centro América. Para librarnos de intervenciones centroamericanas, hemos caído en las intervenciones de los Estados Unidos. Malhaya quienes fomentaron la separación entre nosotros porque no lograron sino entregarnos divididos unos de otros, celosos unos de otros, desvalidos todos, al lobo rubio que nos tiene clavados de sus colmillos imperiales, trémulos de pavor ante su garra poderosa. Cuando Cuba aún no era libre, su pueblo era más hermano del nuestro que ahora que tiene suntuoso y fársico capitolio propio. Martí recorrió nuestras tierras amándolas como propias, y siendo amado en ellas como nacido bajo su cielo. Recordemos en Costa Rica a aquel negro monumental y soberbio, Maceo, lo que se le quiso y a sus anchas en que estuvo, y comparemos luego la flaca cortesía que le brinda-



Nuestro Don Juan Montalvo

(Abril de 1832 - Enero de 1889)

Conocí a Montalvo en Quito a fines de 1868...

Hallábase al ras de los treinta y cinco años, y toda su majestuosa persona exhalaba ese como fluido que cautivaba o repelía, según el temperamento de los que se amontonaban a su paso, atraídos, cuándo por la admiración y el cariño, cuándo por el rencor y el miedo a su palabra. Su estátura era realmente excelsa y descollante, recta, cenceña, bien proporcionada: jamás he visto cabeza de varón mejor colocada sobre los hombros que la del noble Don Juan. Y su rostro era moreno y enjuto; pero de facciones muy regulares: la viruela empreteció su semblante, como él mismo lo confiesa en uno de sus rasgos admirables de egotismo. Cuello nervudo y flexible, barba redonda y salien-

(Pasa a la página 193)

mos a Haya de la Torre, la descortesía abierta con que tratamos a Vasconcelos. Es un problema, éste de nuestra separación y desprecio mutuo en Latino América. Y si somos cuerdos volveremos a unirnos aunque sólo sea, aparentemente, para ayudarnos a pelear unos con otros. Hay, entre pueblos que pelean, una afinidad, a la postre, que acaba por unirlos. Lo fatal es despreciarse. En la América Latina nos despreciamos. Por presumir fue que celebramos públicamente el centenario de Goethe sin conocerle más que de nombre y por referencia. Excelente hubiera sido que la celebración hubiese surgido espontánea por mucho amor, por gran conocimiento. A Montalvo, a quien se le conoce mejor, a quien, cuando menos, es más fácil conocer que a Goethe, lo despreciamos por cuanto no lo juzgamos artículo con que podamos presumir de cultos. Para celebrar a Montalvo no abrirá sus puertas ni encenderá sus luces nuestro presuntuoso Teatro Nacional. Digo que ni siquiera sabemos con fijeza el año del nacimiento de Montalvo.

Me zumba en los oídos el ruido de las olas. Allí está, más allá de mi ventana, retumbando sonoro y eterno el mar. ¿A quién comparar el mar? El helenista dice que a Homero. Está bien. El inglés que a John Milton. Muy bien. El francés que a Hugo. Pase. Pero, ¿y nosotros? Sólo hay uno para los latinoamericanos de quien decir que se parece al mar, vasto monstruo retumbante, sonoro, eterno, y ése es Montalvo. Grandes nubes oscuras se han amontonado del lado de la tierra poniendo gris al mar. El calor ha crecido en pesantez, abrumadoramente. Algo hay en la atmósfera que nos tiene irritados, en tensión, los nervios. Fragor de trueno rebota del uno al otro confín del espacio y llena el cielo; y he aquí ya, fuerte, recio, el empuje soberbio de la lluvia, con voz súbita que ahoga a la del mar. Así sentía yo, de niño, cuando mi padre me leía con su voz de metales golpeados, de escudos en choque con lanzas, largos trozos de Montalvo. Muerto mi padre, hace arriba de veinte años, no he vuelto a oír a Montalvo en voz alta. ¿A Montalvo, por qué le hemos despreciado? ¿Y por quién?

Los de mi generación, por Vargas Vila. A Vargas Vila se le despreció luego por Blasco Ibáñez. A todos se les ha despreciado ahora por el cinematógrafo. De leer mal hemos caído en no leer. Vamos de peor en peor. El libro, que debía unirnos, perdió primero su virtud y luego desapareció él mismo. A la bella poesía abrazadora de Darío sucedió el culto de la torre de marfil que nos ha disociado. Montalvo fue colectivista y no conoció esa ficción malhechora de la torre solitaria ni el engaño, liberal también, individualista hasta más no poder, del arte por el arte, que siempre fue del arte por y para el artista. Montalvo escribió porque estaba lleno y necesitaba desbordar; si por sí, no para sí sino para sus semejantes. Esto es bueno fijarlo: El placer del artista en el acto de crear era en él secundario al placer, si más común, si más al alcance de todos, no menos noble, de compartir el fruto de su creación. Quería que le leyesen más bien que sólo escribir, y en el Ecuador y fuera del Ecuador, en toda nuestra América, se le leía. Quería que le entendiesen, y se le entendía. Es notable su claridad de pensamiento. Las incontables citas que trae a cuento, las infinitas reminiscencias que pueblan sus páginas, son otras tantas luces que enciende para hacer más clara su idea que no para deslumbrar al prójimo y cegarle con exceso de luz. No así lo que nuestros eruditos de hoy escriben. Ya Rodó, que es de ayer como Montalvo de antier, ofusca con el lucimiento de una erudición singular que nadie comparte con él. Alfonso Reyes, de hoy, más erudito quizás que Montalvo y que Rodó, es más sobrio en sus reminiscencias y en sus citas que ambos, y cuando de ellas se vale prefiere las más oscuras como para que sólo sus pares le comprendan. Hay un aristocrático colgar de cortinas más bien que descorrer de sombras en su erudición, un gesto que dice que lo que él sabe no es **caviar for the general**. Escriben, pues, nuestros eruditos de hoy, para un escogido, para un selecto y reducido grupo; a veces para un solo individuo, ¡y tal vez ni para ellos mismos cada cual! Montalvo no. Montalvo escribió para todos. Era de las masas. Era colectivista hasta el fondo de su alma. Después de él han sido así sólo Martí y Gabriela Mistral, y Gabriela en grado menos que el cubano.

Mucho tiene el estilo de Montalvo de semejante al de Herodoto. Herodoto escribió su famosa historia para solicitar con su recitación los aplausos de la multitud en los juegos olímpicos. Las sinfonías de Beethoven también exhiben muy marcadamente, y las obras de Shakespeare, este rasgo principalísimo del estilo de Montalvo que quiero dejar bien apuntado: Una gran satisfacción en el autor de complacer, de divertir. ¡Con qué gusto elabora el gran músico un tema dulce que sabe ha de cautivar al público, con qué fruición repite una melodía de la que tiene seguridad de antemano que ha de deleitar a los oyentes! El compositor y el auditorio se unifican en uno como baño de alegría común, y la belleza de esto es indescribible. En la séptima sinfonía, sobre todo, he sentido a Beethoven íntimo mío e íntimo del millar o más de individuos que escuchábamos su música. No así Brahms jamás. Ni el mismo Beethoven en los cuartetos. Más bien, con éstos, el efecto, lejos de ser de comunión es de segregación, de aislamiento: El gran error de Spandrell, en la novela admirabilísima de Aldous Huxley, fue haber querido que Rampion compartiese con él el incompartible cuarteto en Do menor. Spandrell había oído, en su soledad, el **heilige Dankgesang** y la música sagrada le había probado la mar de cosas, la existencia de Dios, del alma, de la bondad. Con Rampion ni con nadie podía Spandrell comulgar en esa manifestación de la divinidad. Y Shakespeare es como el Beethoven sinfónico. Lo leemos en la soledad de nuestro orgullo literario y mucho en él nos parece mera y aún barata condescendencia con las galerías, consciente hablar en necio. Pero hay que verle representado en su pureza. Entonces su musa es numen que une a los individuos y se une a ellos. Los espectadores se miran unos a otros y hasta quieren abrazarse extraños, porque, lo que leído a solas nos pareció banal, resulta desde las tablas de enorme efecto unificador: Las payasadas chaplinescas de Launcelot Gobbo, por ejemplo, o el monólogo de Hamlet, el absurdísimo **To be or not to be**. En voz alta y en grupo hay que leer a Montalvo. A Montalvo le encantaba encantar, tanto como que a él lo encantaran, ¡y qué no le encantaba, qué no celebra, qué no elogia de cuanto hay que puede prestarse a alabanza en la gente y en la naturaleza: Los niños, las niñas especialmente, el agua, la sombra, los árboles, los efectos de luz en los atardeceres! Le encantaba encantar, a Montalvo: No sabía del feo placer de **épater les bourgeois,** ni de esa otra fealdad de **escribir para sí el autor,** que es más feo todavía que cocinar para sí cada quien. Su afán era que se le entendiese: Así, aplastaba sin misericordia a su enemigo, pero a golpes de oprobio tanto más potentes cuanto más fáciles de entender: Nunca en él ese desprecio máximo del insulto que el insultado no comprende. De modo que a Montalvo le entendían. Hoy, en cambio, ni a él ni a quien escriba como él escribía, se les entendería. Este problema es grave. ¿Qué nos ha pasado de la época de Montalvo a la nuestra? Ni a los clásicos antiguos conocemos que él conocía tan enteramente, ni a los españoles que él parecía saberse de memoria, ni a las literaturas modernas extranjeras en cuyos vastos campos él era visitante a sus anchas, huésped grato en espaciosos jardines abiertos. Notable, por ejemplo, es cuanto escribió sobre Goethe; y ¡qué en su casa se siente hablándonos de Richardson; y cómo va, en la historia literaria universal, del brazo de Montaigne, del brazo de Addison, cuando no jinete, un poco tieso, en el Pegaso de Cervantes! Ahora, ni se escribe con la liberal erudición generosa de Montalvo porque no parece poseerla nadie, ni, si se escribiera, nadie hallara en ella ni deleite ni solaz, porque nos hemos vuelto estrechos y tristes y tontos y sin gusto: Cuanto es el egoísta.

¿Y a qué sino al liberalismo angosto y maldiciente debemos esto? Y a nadie más que a Montalvo debe ese liberalismo nuestro su tristísimo, su lamentable triunfo. ¡Ah, victoria falaz de Montalvo! Montalvo hizo odioso al conservatismo clerical, pero no pudo hacer bello al liberalismo comecuras. Ese, me parece, es el problema de capital importancia que nos ha dejado Montalvo. Al conservatismo debemos devolverle su belleza que él le arrebató violentamente, y al liberalismo, que él no pudo embellecer, debemos embellecerlo nosotros en filial continuación de su obra. Vamos a lo primero. ¿Por qué ha de ser ridículo que García Moreno, de Presidente de la República, fuese, en procesión de Viernes Santo, por esas empinadas calles de Quito, con gran cruz al hombro? ¿Por qué eso ha de ser feo? Más ridículo me parece Montalvo en veneración

del pobre, del abandonado Lamartine, en París, deseoso de echarse sobre sus jóvenes hombros la cruz poco divina y nada redentora del viejo poeta. Pero no: Ni una ni otra cosa fue ridícula, ni fea. Ambas fueron muy bellas. Así somos de bellos los americanos latinos, así somos de piadosos, de generosos, de heroicos, de buenos. ¿Y por qué ha de ser ridículo que cuando la espoliación de la Santa Sede en 1870, García Moreno siendo jefe de Estado se hubiese dirigido al rey de Italia? Infinitamente más ridícula es la correspondencia entre Montalvo y Víctor Hugo: Apocalíptico terremoto había dejado en ruinas las principales poblaciones del Ecuador; millares de seres humanos habían perecido. Los curas ordenaron rogativas —¡oh ridiculez, ¿no?—pero Montalvo se dirigió a Víctor Hugo y el cantor del Momotombo le respondió que sí, que ya que tanto había su lira castigado a los tiranos ahora se resolvería a fustigar también a esos otros azotes del hombre: Los terremotos! Pero no. Ni lo de García Moreno ni lo de Montalvo fue ridículo, ni feo. Ambos obraron con belleza. Así somos los latinoamericanos. Ridículo, en todo esto, sólo Víctor Hugo, y quizás ni él. No. Ni él. Pero, si alguien, él y sólo él.

Nuestro problema, pues, es cómo haremos las paces entre esos dos representativos nuestros tan enemigos entre sí, el conservador clerical y el liberal mordedor de obispos; cómo los depuraremos a los dos y sintetizaremos sus reñidas bondades que son nuestra bondad. Porque esa es nuestra gran necesidad. La división amarga y engendradora de odios con origen en ese pleito ha sido fatal para nosotros. A ella le debemos la inferioridad en que, en este primer centenario del nacimiento de Montalvo—si Montalvo nació en el 1832—, nos encontramos. Pues cuando ha triunfado el conservatismo nos ha ido mal, y cuando el liberalismo, peor. ¡Oh, iras liberales porque García Moreno consagraba al Papa el diezmo de las rentas nacionales del Ecuador! Pero, ¿quiénes han sido los que casi totalmente han entregado a los judíos de Wall Street nuestras riquezas? Hagamos un repaso de los gobiernos liberales de América Latina de los últimos cincuenta años y lloremos de vergüenza quienes hemos sido liberales.

Persiles

Puntarenas, abril, 1932.

Al soplar del tiempo

Vacío que es tristeza por todo mi pasado
como una mano exangüe que no logra estrechar.
Los amigos dispersos, el destino ha soplado
la flor de la esperanza que no ha de germinar.

Cansado de futuro:
la ley de ir adelante,
allá el fondo es oscuro,
el pasado brillante.

Creía en las auroras,
ahora por las tardes recuerdo mi esperanza.
Son pétalos del alma el caer de las horas,
la vida tiene fija la punta de su lanza.

Las noches, los amigos, la corola destino
que oculta por la vida el imborrable sino.
Las vanas ilusiones de volver al pasado
que al fin quedan sepultas y todo es olvidado.

Max Jiménez

Alajuela, abril de 1932.

Nuestro Don Juan Montalvo...

(*Viene de la página 193*)

te, labios en cuyas delineaciones estaba escrita la costumbre de pensar, así como la incorrupción de su existencia, y ligeramente cubiertos por un bigotillo largo, pero ralo. Destierros, privaciones, calumnias, contratiempos, empleo cuotidiano de la fuerza interior denominada energía, meditación, estudios, soledad, desengaños, muchos y muy crueles, melancolía profunda especialmente; todo esto había plegado la piel, corridos los años, en la comisura derecha, y marcado en la fisonomía un dejo de "reconcentrada amargura"... Mucho después oí el timbre de su voz, la cual no era para resonar en la tribuna: ahogábala la pasión al salir, salía en modulaciones entrecortadas por involuntarias reticencias, viva, aguda, insonora; pero jamás revelaba tanto el temperamento encendido de Don Juan, como cuando recitaba composiciones en verso, o discurría acerca de algo tierno o lacrimoso: entonces manaban de su garganta, inflada como la de la paloma al arrullar, sonidos "empapados en lágrimas". La nariz era "valiente" y recta, amplia la frente, "explosión de enormes anillos de azabache"; cuya abundancia era de sorprender en una cabeza tan pensadora. La forma de los labios, añade el escritor europeo, quien lo conoció poco antes de morir, acentúa la expresión de cansancio y languidez que adopta la cabeza cuando se inclina en actitud de escuchar, doblándose un poco sobre el pecho al peso de hondas desdichas y altas ideas. Esta actitud era en él más característica que el arrogante porte con que se levantaba cuando sentía los ojos del observador fijos en los suyos. Brillaban estos entonces bajo la arqueada ceja, negros, profundos por lo reducido de la córnea; afables y cariñosos, cruzábanlos fugitivas llamaradas de la fogosidad interior de aquel espíritu que con tan completa sinceridad dijo de sí: "Humilde con el Señor, alto con los altos, me hago pequeño, como Filotas, cuando las hé con gente bondadosa y modesta. Para los viles, desprecio; para los malvados, odio; para los criminales, espanto". "Los hombres extraordinarios en los ojos tienen rayos con que alumbran y animan, aterran y pulverizan", dice Montalvo hablando de Bolívar. El héroe de Chacabuco y Maipú fue célebre por el modo de mirar, como lo fué el de Junín y Boyacá: los ojos de Montalvo eran extraordinarios realmente por la exactitud de las revelaciones de todas las tempestades del alma. Casi nunca tuve ocasión de mirarlos relampagueantes o indignados; más aun meditabundos o festivos, pesarosos o entusiastas. No miraba a nadie en la calle, y caminaba con paso regio, claudicando levemente a causa de una enfermedad de la pierna, que en su juventud le tuvo en cama siete meses, época de la cual se sirvió para admirar con su instrucción; caminaba despacio, con gravedad, como quien está seguro de vencer en caso de alguna embestida repentina. Vestía, el día en que le conocí, un sobretodo negro y muy largo, puños y cuello muy blancos, corbata y pantalón también negros y sombrero de copa alta. Jamás se me ha separado de la imaginación la idea de que influyó mucho en las minuciosidades exteriores de su vida la lectura de aquel Byron, cuyo nombre le causaba estremecimientos con frecuencia. Uno y otro admiraron a la naturaleza y pregonaron esta admiración en páginas que son eflorescencias melodiosas: lloraron, se rieron, se echaron de hinojos, inquirieron al otro lado de las nubes la carilla de un serafín juguetón, en los lagos la de alguna nereida embelesante, en el cáliz de la flor un beso, en el océano y el firmamento al Todopoderoso.

Roberto Andrade

(Del libro *Montalvo y García Moreno.*)

Buscamos con el presente volumen la manera de iniciar a los jóvenes latino americanos en la lectura de un escritor que auna a su constante afán por el bien de los hombres, el modo más alto de corresponderse con ellos en la lengua castellana; y que posee la inapreciable ventaja de preocuparse en los asuntos de América con el cariño y el interés propios de quien defiende la casa paterna.

Lo que lo caracteriza es su actitud varonil delante de los usurpadores del derecho humano, y lo que en la literatura universal le dará un puesto privilegiado es su gran conocimiento del idioma en que escribe y la nobleza de sus asuntos.

Juan de Dios Uribe.

(En la Advertencia de *Lecturas de Montalvo*, Quito, 1898.)

Lo que más nos interesa en Montalvo no son los asuntos, es la rareza con que los presenta, la sensación tan personal de él, la doctrina que exprime tan categórica y lozana. Acaso nos apartamos de su filosofía por vaga y dogmática, pero nos enamora su énfasis, la seguridad con que decide en todo, y la confesión desenfadada de sus simpatías y sus odios. Estos últimos tienen la atracción de lo prohibido: se queda uno con ellos, no puede olvidar lo que el escritor ha odiado. Averigua el viajero, verbigracia, por el granuja de Veintemilla, un tiranuelo adrede, cruel, vulgar y cínico, como hay tantos, y no logra apartarlo en la memoria de la hipérbole de las Catilinarias. El rollo de la palabra de Montalvo abruma; ha plantado una nueva floresta del idioma y se va por ella como un salvaje grandioso a caza de fieras y reptiles. Se requiere iniciación para comprenderlo, y gusto literario para admirarlo en sus pormenores artísticos; diré también que hay que prevenirse para no caer en sus extremos, porque se deja ir en el aerostático de su fantasía y sin ser un ortodoxo es en ocasiones místico. Su gusto es serio y noble y se lo facilita a los personajes de su agrado, así antiguos como modernos, lo que falsea la historia de una manera elegante pero inconveniente. La Naturaleza anima sus páginas con tal verdad y atractivo, que las cosas que escribe del mundo real, tienen, por el jugo de la frase, una tentación irresistible. Ningún escritor hizo, por otra parte, mejor uso de su talento. Azotó a los pícaros en la plaza pública, colgó a los tiranos en una horca que puso sobre los Andes y sacó a la vergüenza los vicios del clero con un buen humor que da escalofrío. Sus obras matan, crean legiones, libertan pueblos. Son la cantera de los escritores libres:

para que los tiranos de América vivan en paz, sería necesario que no hubiese existido Montalvo. El nos manda odiarlos y matarlos!

Juan de Dios Uribe.

(Del folleto *Somatén*, Quito, 1896.)

En aquella ciudad (1) nació Montalvo; allí reunió en una sola personalidad Naturaleza el dón de uno de los artífices más altos que hayan trabajado en el mundo la lengua de Quevedo, y la fe de uno de los caracteres más constantes que hayan profesado en América el amor de la libertad.

Fué el Escritor entre los nuestros, porque, a la vez que la insuperada aptitud, tuvo, en grado singular y rarísimo dentro de una cultura naciente, la religiosidad literaria; la vocación de la literatura, con el fervor, con la perseverancia, con los respetos y cuidados, de una profesión religiosa. Al elemento inconsciente, activo y eficaz en su inspiración de escritor, se unía un elemento consciente y reflexivo, que nutre sus raíces en el mucho saber y en el acrisolado dominio de su arte. Este fecundo consorcio imprime a Montalvo sello único como prosista americano de su tiempo.

La integridad de la conciencia americana; la integridad que comprende el sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos, y por tanto, de la cabal grandeza de nuestro pasado, está presente en su obra, y ella le mueve, en uno de los Siete tratados, a aquella gallarda afirmación de la superioridad de Bolívar sobre Bonaparte, afirmación que hubo de espantar en su tiempo a la gente discreta y partidaria del apocamiento común, y que aún la asombrará hoy mismo, aunque por ventura no tanto.—¿Quién ha consagrado acentos de más honda piedad a la suerte de las domadas razas indígenas?... Y en cuanto a la originalidad de la naturaleza, también supo sentirla y fijarla a menudo. Nada más propio para oído por la montaña que la voz con que imprecó a la majestad del Pichincha, de modo tal que imaginamos que aún está retumbando en los contornos del gigante. Nada más penetrado de aroma de la tierra y de divina humildad que aquel su elogio del maíz, el trigo del pobre, el acumulador de la energía que ha de desatarse por los brazos del indio labrador, cuando, encorvado sobre el suelo hecho del polvo de los suyos, trueca su dulce paciencia en oro del amo...

La prosa de Montalvo, después de Junín y de Ayacucho, es el desquite del Conquistador. Y por cierto que hay en el rebusco y acumulación, que manifiesta esa prosa, de riquezas del tiempo viejo, cierto soplo marcial, cierto ímpetu heroico, como de conquistador que entrase a saco una ciudad antigua y volviera ufano y curioso del botín; cierta exaltación que es todo lo opuesto que pueda imaginarse a la asiduidad linfática del literato de la especie académica.

No se representa bien a Montalvo quien no le imagine en la actitud de pelear, y siempre por causa generosa y flaca. Alma quijotesca, si las hubo; alma traspasada por la devoradora vocación de enderezar entuertos, desfacer agravios y limpiar el mundo de malandrines y follones. Tocando a esta condición, ponemos la mano en el fondo del carácter; en el rasgo maestro y significativo, que, concertándose con aquel otro, no menos esencial, de la pasión del decir hermoso y pulcro, diseñan, como el perfil de una medalla, el relieve de la personalidad. Jactábase él mismo, alguna vez, del poder, con que había sido dotado, "de castigar, ya que no de corregir, a los perversos". Túvolo, en verdad; y fué su numen de los que, de tiempo en tiempo, envía a la tierra la Nemesis de las medidas inviolables, para ejercer, en la conciencia de los hombres, la jurisdicción de la vindicta.

La literatura de Montalvo tiene asentada su perennidad, no solamente en la divina virtud del estilo, sino también en el valer de nobleza y hermosura de la expresión personal que lleva en sí. Pocos escritores tan apropiados como él para hacer sentir la condición reparadora y tonificante de las buenas letras. Su amenidad, su deleitoso halago, están impregnados de una virtud más honda, que viene del innato poder de simpatía y del ritmo enérgico y airoso de la vida moral. En horas de abatimiento y displicencia, su lectura levanta y corrobora el ánimo; y para quienes le conocen de cerca y han llegado a ser íntimos con él, cualquiera página suya trae, aun independientemente del sentido, una expresión de sonrisa y de consuelo, como el són de esas dulces voces familiares que llevan su propiedad balsámica en el timbre, más que en la palabra. Hay autores que a sus prestigios y excelencias de orden literario, reunen un no aprendido dón magistral con que instituír la disciplina de la sensibilidad y de la mente y formar el concepto de la vida. Montalvo es de éstos. La abundancia de ideas morales, pintorescas y cálidas; el generoso entusiasmo, la fortaleza y alegría de alma, el temple varonil, le hacen particularmente apto como mentor y amigo en los días de la juventud, cuando el hervor de esas primeras lecturas, que, si son nobles y viriles, infunden en el alma, para el resto de la vida, el dejo inextinguible de un bautismo de fuego o de una iniciación religiosa. Es de aquellos a quienes puede decirse: "Armame caballero". Tuvo, entre los rasgos que más definen su carácter, la admiración franca y ferviente; el alma abierta a la comprensión plena, entrañable, de todo lo bueno, de todo lo grande, de todo lo hermoso: en la naturaleza y en el arte; en las cosas del pensamiento como en las de la acción; en el alma de los hombres como en el genio e historia de las sociedades. Era un radical optimista por la constancia de su fe en aquellas nociones superiores que mantienen fija la mirada en una esfera ideal: bien, verdad, justicia y belleza...

Cuando, en un cercano porvenir, los pueblos hispanoamericanos pongan en acervo común las glorias de cada uno de ellos, arraigándolas en la conciencia de los otros, la imagen de Montalvo tendrá cuadros y bustos que la multipliquen en bibliotecas y universidades de América. La posteridad llamada a consagrar los laureles de este primer siglo, dirá que, entre los guías y mentores de América, pocos tan grandes como el hijo de Ambato.

José Enrique Rodó.

(En el *Mirador de Próspero*, Montevideo, 1913.)

Don Juan Montalvo, en suma, fué un apóstol sincero, honrado, abnegado, cuya existencia de incesante combatir por las ideas que creyó buenas y justas puede servir como un un filósofo moralista, mitad estoico, mitad modelo de consagración y de bravura; fué cristiano; fué un self made scholar; fué, como Castelar y Víctor Hugo, a quienes se parece, un pensador de segunda fila y un escritor de primera fuerza. Su memoria maravilla y el tino con que la empleaba. Imaginación encendida, poeta por la opulencia de la fantasía, su prosa, rebosante de imágenes, va arrastrando un manto azul bordado de constelaciones. Tiene del poeta, junto con el pensar amenudo por imágenes, el dón de la objetivación. Lo más abstruso y abstracto asume en la prosa de Montalvo, concreción, figura coercible.

R. Blanco Fombona.

(En el prólogo de los *Siete Tratados*. Editorial Garnier Hnos., París, 1912.)

A la caída de Veintemilla, reconociéndola como obra de Montalvo en su mejor parte, los liberales ecuatorianos se apresuraron a ofrecerle una curul en el Senado. No la aceptó, como tampoco en ocasión anterior. Su natural repugnancia a llenar otro papel que el de censor y guía, le mantuvo siempre en la órbita del filósofo militante, que no rehuye el peligro ni la responsabilidad, pero sólo aspira de veras a una autoridad superior de árbitro inmune. Este violento y desapoderado combatiente, era en el consejo y en la acción directa hombre de justo medio y razonada largueza.

Gonzalo Zaldumbide.

(En el prólogo de *El Espectador*. Editorial Garnier Hnos., París, 1927.)

Fué la indignación lo que hizo de lo que no habría sido más que un literato con la manía del cervantismo literario, un apóstol, un profeta encendido en quijotismo poético; es la indignación lo que salva la retórica de Montalvo.

¿Haberse muerto? No, haberse muerto, no, ¡morirse, no! Hay que vivir para combatir contra la tiranía y vencerla; y hay que sobrevivir! Montalvo sobrevive porque venció, ¡sí, venció! a la tiranía y no porque imitó a Cervantes. Porque imitó a Don Quijote. Y él tuvo conciencia de su misión y de su obra.

...¿Voy a reprocharle sus preocupaciones lexicológicas yo que las padezco también? ¿Voy a discutir al literato?

Sintió acaso en exceso la voluptuosidad de la lengua. Y de una lengua artificiosa y de énfasis castellano. Rodó dijo que la "espontaneidad natural y suelta de Montaigne es el término opuesto a la artificiosidad preciosa de Montalvo". Pero es que Montaigne era un sensual y un escéptico y Montalvo un apasionado y un dogmático y el énfasis es el lenguaje de la pasión.

Miguel de Unamuno.

(En el prólogo de *Las Catilinarias*. Editorial Garnier Hnos., París, 1925.)

..Pues Montalvo, por encima de todas las cosas, amaba y respetaba la "virtud".

Es la característica más saliente de su genio. En toda coyuntura, por doquiera, enseña, mejor dicho predica, la virtud. Creeríamos a menudo oír a algún magnífico orador sagrado. Celébrala sin cesar, no sin cierto énfasis entre familiar y solemne, muy suyo; pero con íntima y verdadera grandeza de alma, que levanta su elocuencia y salva sus homilías de la insipidez sermonaria...

...En rincones agrestes, fueron los libros su refugio. Leyó mucho, y bueno.

...Esta lucha con la incomprensión ambiente le obligaba a la rectificación preventiva, a la explicación innecesaria, que eran rémora al discurso, donde éste podía soltar su vena cuan ancha era. De las dos clases de ignorancia primitiva, una hay, arcilla cándida e ingenua, dócil al toque del pulgar modelador; y otra que es suspicaz y cominera, por desconfiada. Esta se alzó contra Montalvo, cuando precisamente más quería él esparcir el espíritu por lo alto.

...Porque Montalvo, más y mejor que polemista propiamente, es orador. Sobre todo

(1) Ambato, Ecuador.

en materia por la que tenía tan singular miramiento, cual es la de las creencias religiosas.

...Si su culto es de los héroes, la moderación, el sufrimiento, consejos son que Montalvo da con señalada insistencia. Nunca se aleja de creer que en el término medio reside, si no siempre, la virtud, la solución deseable por más conforme al llano buen sentido. En su moral ensalza, junto al heroísmo, virtudes opacas, humildes, vivificadas como las siente al tocarlas con su elocuencia. "Seamos como la albahaca", dice... Su elocuencia no renuye las fáciles insidias del lugar común, triunfa en el desarrollo de las máximas elementales de la sabiduría popular y más cuando las reviste túnica cristiana.

Aquel tan noble garbo y compostura, decoro de su persona al par que su estilo, es quizá, con su respeto a la virtud, su rasgo más característico; y es, puede decirse, la expresión adecuada de su moral, sostenida como está por lo que Montalvo llama con muy castiza arrogancia "la hombría de bien", resorte caballeresco de temple superior al sentiment de l'honneur, en que el orgullo estoico y solitario de un gran espíritu que en más de un aspecto se le parece, Alfredo de Vigny, veía el único sostén de la moral en nuestra civilización.

En todo caso fuéle tempranamente tan connatural, que, desde el principio, el tono, el acento de sus escritos, le confirieron un ascendiente irresistible,—el de maestro en cosas del espíritu,—que Montalvo estimaba como primera y obligada aspiración del escritor.

Porque para él el arte por el arte no existe o es como si no existiera. Reconoce, impone al escritor una misión. La suya fué de moral pública y privada, de "virtud" más aun que de defensa e ilustración de la lengua.

...Fué un precursor.

Lo fué también en americanismo. ¿Quién no siente hoy, o por lo menos quién no profesa el americanismo como expresión de toda una raza en todo un continente? Va siendo un lugar común, aun antes de clarificado su contenido. Pero en la época de Montalvo, la naciente conciencia, despertada al soplo americanizante de la Independencia, volvió a dormirse en el aislamiento y huraňería de repúblicas más recelosas que fraternales. Tan sólo espíritus magnánimos descubrían desde su cima solitaria el porvenir indivisible y anhelaban por la unión preparatoria. Ninguno más que Montalvo. Su americanismo es el de mejor ley; no teórico ni político—menos aun literario,—busca inútil de imposible o pobre originalidad voluntaria; sino cordial sentimiento de unidad, de interés vivo por todas y cada una de sus partes, intuición de su profunda solidaridad. Pocos son, y en modo alguno intencionales, sistemáticos, los toques de color o sabor americanos propiamente, en el estilo o en el pensamiento de este "español de los mejores tiempos". Y nada le llenó de complacencia como este elogio, cual el mayor para un americano que comprendía bien su abolengo en el mundo del espíritu y de la cultura. ¿Hemos por eso de negarle la ciudadanía espiritual de americano? "Ciudadano del mundo", como el filósofo antiguo y como el poeta moderno, gustaba él de proclamarse; al propio paso que miraba por la suerte de su propia patria con pasión de sacrificio. Pedía espacio: he allí todo en su tiempo, abarcar toda la América como él lo hace desde Quito, en su Ojeada por ejemplo, suponía un aliento superior.

...En Montalvo, el más contorneado fraseo, el giro más arcaico, suena a hablado, a cosa viva, a expresión familiar en su nobleza.

Dr. HERDOCIA
Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.
HORAS DE OFICINA:
10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde
Contiguo al Teatro Variedades

Por lo demás todo en su obra lleva este sello personal, de vida propia.

En nadie el hombre y el escritor llegaron a compenetrarse, a identificarse de esta suerte. Son, no sólo inseparables, sino indiscernibles: aun las flaquezas del uno, si como mortal las tuvo, refluyen en la gloria del otro; ambos forman un acabado ejemplar de genio y de infortunio, como los que solía celebrar él mismo, con tan viril predilección.

Gonzalo Zaldumbide.

(En el prólogo de *El Cosmopolita.* Editorial Garnier Hnos., París, 1925.)

En sus admoniciones sigue la vía media, ofrece compases infalibles y reglas de oro. Su espíritu platonizante vive en constante amistad con las ideas más puras y más altas. Es liberal y reconoce que el clero es uno de los elementos esenciales en un país organizado, y que no debe envilecerlo el gobierno. Cuando los conservadores colombianos que habían sido desterrados se refugiaron en el Ecuador, pidió para ellos asilo, con toda la "santidad" de éste, y "sin excepción".

Ahora se ciñe a examinar con extrema lucidez la condición de su pueblo, y dilata luego su visión para juzgar a sociedades semejantes, a la América entera, incipiente y bárbara. Semibárbaros nos llaman, nota, los pueblos civilizados del Viejo Mundo. El no rechaza esta apreciación. Como no pueden ser sabios sus compatriotas, pide que sean siquiera hombres de bien, que dejen de ser corrompidos y canallas. Un viajero había escrito en esa época que todo es bambolla en las repúblicas hispano-americanas. Montalvo cita y aprueba esta opinión. "Para leyes sabias, generosas, aquí estamos nosotros: libertad de imprenta, garantías individuales, derecho irrestricto de sufragio, maravillas". En cuanto a progresos, estos pueblos hacen ventaja a los demás con sus ferrocarriles a la luna, sus telégrafos a las siete cabrillas, sus carreteras a la vía láctea. No olvidemos, por otra parte, que Sud América es el "hemisferio de la libertad".

En la política criolla, sobre multitudes sumisas, se entroniza el presidente que todo lo hace, todo lo puede, sin trabas, sin crítica. Por esta acumulación de preeminencias en un caudillo, la forma de gobierno es despótica. En el Ecuador y en otras repúblicas, el presidente no es hombre como cualquiera. Las leyes le dan cien ojos y cien brazos: es Argos y es Briareo. Una suerte de despotismo constitucional le arma para bienes y males. La tiranía así instaurada engendra la guerra civil, porque los oprimidos para libertarse combaten sin cesar a los opresores, y la nación beligerante acusa al rudo condotiero que la aprieta y la humilla. El grupo que triunfa en la batalla interior se titula a sí mismo libertador y civilizador. Los vencidos merecen el nombre de tiranos, pero si vuelven a gobernar, serán a su vez restauradores; y los libertadores de ayer se trasmutarán en bandidos. ¿Dónde, en estos hechos, la razón imperiosa y la justicia? En nuestra América, afirma el escritor, el mando corresponde por derecho natural a los peores. Ingeniosamente llama repúblicas argonautas a las del continente meridional porque viajan inciertas por el aire sin saber a dónde se dirigen.

Después de cincuenta años leemos las críticas de El Regenerador con inquietud. América progresa lentamente: pueden aplicarse a vicios contemporáneos estas notas que restallan. Yermos los campos, divididas las almas como hace medio siglo. Patriotismo en menguante porque los ciudadanos se atan a bienes secundarios y olvidan o desdeñan el interés supremo de la libertad. Ardor fenicio en lugar del antiguo señorío y de la epopeya.

Francisco García Calderón.

(En el prólogo de *El Regenerador,* Editorial Garnier Hnos., París, 1928.)

Méjico

= Tomado de *El Cosmopolita.* Tomo I. París. 1923 =

(El Palacio de las Tullerías)

NAPOLEÓN III, *paseándose por la sala del trono.*—¡Maximiliano prisionero! ¿qué dices, Munster?

EL MARQUÉS DE MUNSTER.—Que debemos aprovecharnos de la lección para en adelante, Sire.

NAPOLEÓN.—¿Luego no es racional el parecer de Lamartine, que América está destinada por la naturaleza para servir a Europa?

EL MARQUÉS DE MUNSTER.—La naturaleza no ha criado esclavos: el nuevo mundo será algún día dueño y señor del viejo; pero es un error y una extravagancia en nosotros querer conquistar a América. Nuestro pobre Lamartine no ha expresado ahí ni una idea poética, menos política ni filosófica. Tan es así, que él mismo, cuando ha escrito con sinceridad, es decir siempre, ha dicho todo lo contrario. Por la natural sucesión de los acontecimientos, esa parte del mundo se engrandecerá de día en día: puédese matar a un niño; pero es un homicidio. Y ¡qué niño, Sire!; no hemos podido acabar con él. Por mi parte, no solamente me infunde respeto América, pero también la temo.

NAPOLEÓN, *después de una meditabunda pausa.*—Montesquieu tiene la culpa; tal vez me perjudica el estudiarlo demasiado.

MARQUÉS DE MUNSTER.—Sí; Montesquieu pretende que las conquistas lejanas afirman las monarquías.

NAPOLEÓN.—Has dado en mi pensamiento, Munster. Secondat es muy socorrido; mas a fuerza de ser profundo y verdadero, es peligroso muchas veces. Su

principio no puede ser más fundado; empero su aplicación a la práctica no ha sido tan fácil como pensábamos.

El Marqués de Munster.—¿Por qué no fuimos a Asia, Sire?

Napoleón.—Porque allí están los ingleses: la casaca colorada me disgusta.

El Marqués de Munster.—Hemos salido mal; y lo que me angustia es, no tanto el mal éxito de la empresa de Méjico, cuanto el triunfo de nuestros enemigos en Francia. ¡Qué dirá Thiers! ¡Qué dirá Favre!

Napoleón—Favre... Thiers... esos hombres piensan bien: el uno por egoísmo, el otro por filantropía, ambos serían buenos consejeros.

El Marqués de Munster.—De buena gana prendería fuego al mundo nuestro amigo Thiers por el interés de Francia; Julio Favre es otra cosa. Nos ha combatido con la filosofía y la verdad: previó nuestra ruina en Méjico; ha triunfado. El ciudadano del universo es más grande que el de tal o cual imperio.

Napoleón.—El retiro de nuestras tropas no podía sino traer la pérdida de Maximiliano: ¡desgraciado príncipe! ¿Y sabes que me inquieta su suerte? Si le matan, su sangre caerá sobre mí; semejante al personaje de Macbeth, andaré con las manos al aire, horrorizado de sus manchas.

El Marqués de Munster.—Nos han derrotado los Estados Unidos, el sastre Jonhson nos roba nuestra hermosa conquista.

Napoleón. — No; aun sin los Estados Unidos, no podíamos permacer en Méjico: cuando no pudimos domarlo en el primer empuje, a la larga era imposible. El pueblo que se aferra a su libertad, no puede ser vencido. Los mejicanos tienen su Pelayo, y por fuerza teníamos que salir de Méjico. Antes nos gusta que Johnson haya venido como a proteger mi retirada.

El Marqués de Munster.—Sin él, mucho me temo que hubiéramos acabado por la destrucción completa del ejército expedicionario, o por una poco honrosa retirada.

Napoleón.—¡Treinta mil franceses, Munster! treinta mil valientes menos en mis ejércitos; treinta mil ciudadanos menos en el Imperio. ¡Qué gana tengo de exclamar, dándome contra las paredes: ¡Quintilio Varo, vuélvame mis legiones!

(Entra un chambelán.)

Los señores Thiers y Julio Favre piden licencia a V. M. para entrar.

Napoleón. — Julio Favre... Thiers... que entren.

(Sale el chambelán.)

Napoleón.—He aquí una cosa rara: Thiers y Favre a verme en las Tullerías.

El Marqués de Munster. — ¿Y no hay incompetencia entre esa visita y el recibimiento de los embajadores que aguarda V. M.?

Napoleón. — Que aguarden los embajadores.

(Entran Thiers y Favre y se inclinan profundamente en presencia del emperador).

Napoleón.—Ya os entiendo, señores: es la generosidad la que os trae a mi palacio.

Thiers.—Sire, las desgracias de Francia nos tocan a todos los franceses.

Napoleón.—¿Qué me aconsejáis ahora? Debí haber seguido vuestra política.

Julio Favre.—Puesto que así se expresa V. M., le aconsejaríamos renunciar para siempre a las conquistas. «El imperio es la paz», ha dicho V. M. Si este grandioso programa se hubiese cumplido, nuestra Francia no hubiera sufrido tan rudo golpe. Harto tenemos con la patria, y para todo nos bastamos a nosotros mismos. ¡Que el Imperio sea la paz en adelante, Sire!

Napoleón.—No miré sino por su engrandecimiento: he errado en la obra; el pensamiento fué justo y grande.

Julio Favre.—Justo no, perdóneme V. M.

Napoleón.—Quiero decir bien concebido.

Thiers.—Si aún fuese tiempo, convendría salvar a Maximiliano a todo trance, valerse de Johnson, intervenir, suplicar, si fuese necesario: la ejecución de ese infortunado príncipe sería, no solamente una desgracia, pero casi una infamia. Los príncipes más ilustres de Europa, muertos en el patíbulo en América.

Napoleón, *desconcertado.*—¿Y quién los ha llevado? ¿Y quién tiene la culpa? ¡Yo; señores, yo!

Julio Favre.—Las desgracias son la sabiduría del porvenir. Por ahora, fortaleza, Sire.

Napoleón.—¿Pero si matan a Maximiliano?

Julio Favre.—No le matarán: los mejicanos son valientes; pues tienen que ser generosos. Juárez es un grande hombre, Sire.

Napoleón.—Ya lo sabía. Con que Francia no había de poder a Méjico... Un hombre solo puede más que un innumerable ejército. ¿No os admiran la constancia, la tenacidad, la habilidad, la fe del Presidente de Méjico? Ahora estoy para exclamar como Pirro en vista del campamento de los romanos: Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

Julio Favre.—Bárbaros... nosotros lo hemos sido en Méjico, Sire: hemos olvidado que la civilización es como la verdadera religión, que no se la propaga a punta de lanza: hemos degollado, hemos azotado, hemos violado los convenios: los mejicanos han respetado más que nosotros a sus semejantes, al hombre, al soldado, al extranjero. Esos bárbaros no son bárbaros de ninguna manera.

Napoleón.—Confío en que no me haréis el agravio de pensar que he autorizado esos desafueros. La guerra tiene mil variadas formas; no siempre es bella, no siempre honesta: la guerra es muchas veces una impúdica cortesana.

El Marqués de Munster.—Si es verdad que tales cosas han sucedido en Méjico, señores, a nadie le toca más avergonzarse que al gobierno: Francia, esta Francia ilustre, propagadora de los derechos del hombre, salvaguardia de la libertad, abolidora de la esclavitud, en todo el mundo, con el látigo en la mano, ¡qué monstruosidad!

Napoleón.—Si todo aquello es verdad, como decís, tenemos vergüenza para mucho tiempo. Espero, con todo, que las quejas de los mejicanos no sean más justas de lo que nos convendría. ¿Sabéis que admiro a los mejicanos y a su caudillo?

Thiers. — Y son admirables verdaderamente. Vencidos, postrados, arruinados ayer; hoy, triunfantes, arrogantes, restablecidos en su patria y su poder. Esos nuevos castellanos merecen nuestra estima, no nuestro menosprecio; nuestro cariño, no nuestro aborrecimiento; nuestra amistad, no nuestra enemiga.

Napoleón.—Han tenido su Cueva de Covadonga. Y dicen que Juárez es un indezuelo.

Julio Favre.—Pero ¡qué alma tan aristocrática, qué espíritu tan encumbrado, qué naturaleza tan completa!

Napoleón.—Es decir que los americanos quieren ser libres...

Julio Favre.—Y lo serán. La pobre España anda por ahí sin saber qué hacerse: su orgullo ha de parar en mal. La naturaleza misma ha hecho una grandiosa demarcación, y el principio de ese presidente, de ese tan filosófico Monroe, me parece fundado en la verdad y la filosofía: América para los americanos. ¿No es lo mismo que si dijésemos: Europa para los europeos?

Napoleón *después de algún silencio.*—Que sea como quieran; pero a Maximiliano que no lo maten, ¡que no le maten!

La emperatriz Eugenia, *entrando precipitada.*—¡Murió el príncipe! ¡Murió Maximiliano! Lo anuncia el telégrafo Havas.

Napoleón, *cubriéndose el rostro con las manos.*—¡En el patíbulo...! (1)

Juan Montalvo

(1) En París circuló antes de tiempo la noticia del fusilamiento de Maximiliano, y produjo un terrible efecto en el Gobierno y en la población entera.

INDICE



7 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Wells: *El alimento de los dioses* ...... ₡ 3.50
William Boyd: *Hacia una nueva educación* 7.00
Roberto Gache: *Baile y filosofía* 4.00
Tomás Carrasquilla: *Ligia Cruz. Rogelio* 2.00
Armando Chirveches: *La Virgen del Lago.* Novela 3.50
Pedro Henríquez Ureña: *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* 4.00
Franz Tamayo: *Nuevos Rubáyát* 3.00

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*

Bibliografía titular

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y de las Casas editoras.

Trasladamos del diario *Luz*, de Madrid:

P.—¿Me pueden proporcionar una bibliografía lo más extensa posible sobre cooperación y sistemas de cooperación?

R.—Como el asunto lo merece, nos extenderemos lo más posible, dándole hoy una lista de obras: Gascón y Miramón (Antonio): «La Cooperación», Madrid, 1928.—Ventosa Roig (J.): «Las Cooperativas Obreras», Barcelona, 1924.—Totimiantz (V.): «La Coopération Mondiale»—Brocard (Lucien): «La Coopération et le Mouvement Coopératif», París, 1927.—Serwy (Víctor y Kotchet Rora): «La Coopération», Bruselas, 1923.—Serwy (Víctor): «Ce qu'il faut entendre par Société Coopérative», Bruselas. — Virgilii (Filippo): «Cooperazione nella dottrina e nella legislazione», Milán.—Scherma (Giusepe): «La teoria economica della cooperazione», 1905.—Veca (S.) «La teoría economica della cooperazione», Nápoles, 1907. — Webb (Catherine): «Industrial Co-operation», Manchester, 1921. —Holyoake (George Jacob): «The Cooperative movement to-day), Londres, 1921. Aclaud (Artur y Jones Benjamin): «Working men Co operators», Manchester, 1922.—Müller (Hans): «Genossenschatfsbewegung», 1924. Jaucherre (doctor Henry): «Umrize enier genossenschaftlichen», 1925.—Pckupp (Arthur y Neville, William): «New ideas and initiative in modern busines and their encouragement in the co operative movement». Manchester, 1930.—Gide (Charles): «La Coopération», París, 1922.—Poisson (Ernest): «La République coopérative».—Kaufmann (Henry): «Les diférentes formes de coopératives et leurs ui relations économiques», Ginebra, 1922.—Gillemin (H.): «L'organization coopérative».—Mariani (M): «Il fatto cooperativo nel l'evoluzione sociale», 1906.—Brambrilla (G.): «La società cooperativa», 1902.—Clay (Henry): «Cooperation and private enterprise», Londres, 1928.—Mercer (J. W.): «First essentials or co-operative industry», Londres, 1930.—Orne (Anders): «Co-operative ideals and problems», Manchester, 1926. — Tomlinson (Charles): «Towards co-operative culture», Manchester, 1929.—Angel (Norman): «Co-operation and the new social conscience», Manchester, 1926. Enfield (A.): «Cooperation: its problems and posibilities», Londres, 1927. — Greenwood (A.): «From capitalism to co-operative commonwealth», Manchester.—Mercer (F. W.): «National and international co-operation», Manchester, 1924.—Voolf (Leonard): «Cooperation and the futury of industry», Londres, 1920.

═══

Cortesía de los autores:

Rómulo Nano Lottero (21 de Setiembre 2872, Montevideo, Uruguay):

Palabras para América, El caso Vasconcelos, Cartas Americanas, Uruguay, 1931.

Acrobacias. Con una carta de Manuel Núñez Regueiro. Uruguay, 1931.

Juan Mario Magallanes (Bolivia 1180, Montevideo, Uruguay):

La Mariscala. (Evocaciones campesinas.)

Guillermo Jiménez (Hamburgo, 42, México, D. F.):

La danza en México. 1932.

Jorge Icaza (Quito, Ecuador):

Sin sentido. (Teatro) Editorial Labor. Quito, Ecuador.

Luis Enrique Osorio (En la Biblioteca Nacional, Bogotá, Colombia):

Los Destinos del Trópico. Editorial Cromos, Bogotá, 1932.

Dedicado, el libro, a Eduardo Santos, en estos términos:

Su estímulo a mis entusiasmos creó el ambiente propicio para escribir esta obra. Acéptela con mi amistad y gratitud.

═══

De las editoriales españolas:

Henry Bordeaux: *Murder-Party o La que no estaba invitada*. Traducción de Antonio Guzmán Merino. Editorial Apolo. Barcelona.

Copiamos:

Con su nueva novela titulada *Murder-Party o la que no estaba invitada*, nos ha ofrecido Henry Bordeaux, dentro de la finísima técnica en él habitual, una narración originalísima, que revela una vez más el ingenio inagotable del ilustre novelista francés. *Murder-Party*, título con el cual se alude a un juego de aportación americana, que se supone en boga en las tertulias íntimas de las familias pertenecientes a la «high-life» de Francia, constituye, del comienzo al final, una elegante sátira contra los hábitos y gustos brutales de la alta sociedad, ávida de emociones violentas, de Norte América. El profundo sentido que posee Henry Bordeaux, no sólo de la literatura sino también de la propia existencia, se manifiesta de lleno en el arte exquisito, sutilísimo, con que a dosis perfectamente calculadas ha sabido en *Murder-Party*, amalgamar lo cómico con lo trágico, haciendo que, brusca aunque insensiblemente, el lector se vea transportado desde la farsa inocente al más espeluznante de los dramas. *Murder-Party*, que une a la maravilla del estilo el encanto de una espiritualidad muy castizamente francesa, es, por la simplicidad de su desarrollo, uno de los modelos más afortunados del arte de novelar a la moderna, todo lo cual explica el brillante éxito que, una vez más, ha alcanzado con esta originalísima producción, el ilustre miembro de la Academia Francesa.

Esta edición española ha sido cuidadosamente editada y se presenta bajo elegantísima cubierta a todo color.

Precio del ejemplar: en rústica, 5 pesetas; encuadernado, 8 pesetas.

═══

Otto Ruhle: *El Alma del Niño Proletario*. Traducción del alemán de José Salgado. Ediciones de «La Lectura». Espasa-Calpe, S. A., Madrid.

Trasladamos:

La colección «Ciencia y Educación» iniciada por «La Lectura» y hoy, al igual que la totalidad de ediciones de dicha marca editorial, de la propiedad de Espasa-Calpe, S. A., ha entrado en una nueva y brillante fase productiva, por virtud de la cual puede decirse que resulta hoy día la biblioteca pedagógica más copiosa e interesante que existe en idioma castellano. Conscientes sus editores de la importancia que en el presente momento revisten las cuestiones educacionales, cuyos horizontes amplificadores, relacionados con las demás disciplinas, inmediata eficacia cultural, etc., resultan verdaderamente superiores aun al concepto elevado que de los mismos se tuvo, no vacilan en incrementar su ya amplio y selecto elenco de autores, de los que incorpóranse a las mismas creaciones interesantes entre cuantas vanse produciendo no sólo en España, sino también en los restantes países.

En poco más de un año «Ciencia y Educación» aumentó en una decena de volúmenes, todos ellos debidos a primeras firmas, merced a los que puede decirse no escapa a la misma la exposición extensa, clara y certera de ninguno de los aspectos pedagógicos con que los avances contemporáneos han venido en ampliar el campo abarcatriz de las ciencias de la Educación. Dirigida por un pedagogo del prestigio de don Domingo Barnés, Director del Museo Pedagógico Nacional, constituye un magno tributo a la elevación del nivel cultural del pueblo español, por el que ahora tanto se propugna, pues esta biblioteca es una de las que más se difunden, principalmente entre profesores, lo que implica una aportación decisiva a la noble y ardua tarea de incrementar y modernizar la educación juvenil de las nuevas generaciones.

Tras obras de diversa índole, todas ellas concretas y de la mayor densidad ideológica, escritas, además, con pleno concepto de lo especial de su misión, obras debidas a tratadistas de la fama de Compayre, Russel, etc., he aquí que ahora aparece *El Alma del Niño Proletario*, por Otto Ruhle, eminente pensador alemán, quien resume en esta su producción todas las modernas investigaciones efectuadas en torno a ese sector infantil cada día necesitado de redención. Otto Ruhle construye el que podríamos llamar su sistema o concepción pedagógica partiendo de la base del complejo de inferioridad del sabio Adler. Pero no se limita a este su buceo inquisitivo en el sentido de la «menorvalía», sino que abarca el mundo de las reacciones psíquicas y el otro aspecto resultante de la paulatina formación anímica. Inspirado en su nobilísimo deseo humanitario y social, *El Alma del Niño Proletario* analiza todos los elementos y circunstancias que marcan la manera peculiar cómo hoy día se acrecienta esa diferenciación del mismo con el niño burgués, y traza atinadas fórmulas elevadoras. Abarcando, en su investigación causal, las bases fundamentales sobre que hoy se asienta la sociedad, traza originales apreciaciones en torno a la Religión, la Familia, la Propiedad, etc., que muchos lectores calificarán de extremadas, sin embargo de lo cual nadie podrá negar a esta obra el gran valor que encarna como tributo magnífico en el alumbramiento y depuración de las nuevas ideas.

El Alma del Niño Proletario ha sido incluída en la Sección Contemporánea de «Ciencia y Educación». Traducida del alemán por José Salgado, forma un volumen de 256 páginas. Precio 6 pesetas ejemplar. Espasa-Calpe, S. A., apartado 547, Madrid.

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en ediciones próximas.

Testimonios

Lo que desean (los egipcios) es que la envoltura de sus almas sea un cuerpo ligero y esbelto, para que el principio divino en ellos existente no se vea comprimido ni ahogado debido a la preponderancia y pesadez del elemento perecedero.—Plutarco.

Horacio, en el libro II de sus Sátiras, 2, versos 77-80, al hacer el elogio de la frugalidad, escribe: "Cuando el cuerpo se siente pesado por los excesos de la víspera, comunica su pesadez al alma, apegando, por decirlo así, esta partícula de inteligencia divina que existe en nosotros". Según Diógenes Laercio, Porfirio, Jamblico y Suidas, el régimen de los pitagóricos tendía también a evitar la superabundancia de la carne. (Cita de Mario Meunier).

Es a saber que en Atenas se adoctrinaba deliberadamente a los niños en estas tres disciplinas: me refiero a las Letras, a la Música, y al luchar. Y lo hacían en las Letras para el hermoseamiento de su facultad de hablar; en la Música, para el amansamiento de su ánimo, y en el luchar y la Gimnasia, para corroborar lo relajado por el placer.—Olimpiodoro. (Vida de Platón).

EN EL XCV ANIVERSARIO DEL SUICIDIO DE "FIGARO"

Evocación romántica

= *Envío del autor* =

Fosca y triste era aquella tarde de febrero en que ambulábamos, al azar, por las intrincadas calles de la villa y corte de Madrid. Sin saber cómo, sin darnos cuenta, fuímos a parar a la castiza y vieja calle de Santa Clara. Esta vía, que no está retirada del centro, es estrecha y corta. Las dos hileras de casas vulgares que la forman, recortaban la tira gris de un cielo de cinc. Uno que otro transeunte pasaba de prisa, entumecido y espoleado por el frío. En el atrio de la vecina iglesia de Santiago, una orquesta de ciegos gemía desgarrando las notas llorosas y suspirantes de la romanza final de Tosca, y ese adiós a la vida, en una mañana de primavera, rimaba exactamente con ese adiós a la tarde en un crepúsculo invernal.

¿Qué extraño presentimiento nos detuvo ante la casa Nº 3 de tal calle? No lo sabemos. Miramos a la fachada y descubrimos al punto una lápida de mármol con relieves de bronce, en la que contemplamos, en un medallón, la silueta romántica de un hombre joven, y leímos estas palabras orladas de laureles: "Aquí vivió y murió Mariano José de Larra (Fígaro), 1809-1837". Y como si esta lápida hubiese tenido el mago poder evocatriz de un conjuro, por ella penetró, hasta el fondo de nuestro ser, toda el alma del Romanticismo, y no vinieron a nuestra mente envueltas en cendales de recuerdos, sino que aseguraríamos haber visto con nuestros propios ojos, cobrando el firme relieve de lo vivido, unas escenas de aquella sugestiva y evocadora época de la primera mitad del siglo xix, que se devanaban crueles y angustiosas, en esa misma obscura calle, en esa misma triste casa, en una lejana noche también de febrero. Imposible recordar cuánto tiempo estuvimos clavados en aquel sitio; sólo conservamos en la memoria algo de lo que vió nuestro espíritu. Helo aquí:

Corría el año 1837. Era un lunes 13 de febrero; hora, el anochecer. Empezaban a parpadear las míseras lucecillas callejeras que hacían más tétrica la lobreguez de la desierta rúa de Santa Clara, en la cual entró, de pronto con rápidos y menudos pasos, de sedas frufruantes una mujer esbelta y soberana, que ocultaba, casi por completo, su rostro en las sutiles mallas de una negra mantilla de blondas. Detúvose un momento en el portal de la casa Nº 3, y penetró al interior, resuelta, subiendo precipitadamente las escaleras del primer piso. Llegado que hubo a éste, no tuvo que llamar. Un caballero, que antes habíamos visto asomarse, nervioso e impaciente, al balcón, tenía ya abierta la puerta a la dama. Era dicho caballero como de veintiocho a treinta años, de mediana estatura; irreprochable casaca de color azul obscuro forraba su busto, y una larga melena sombreaba su rostro empalidecido.



Larra

—Entremos—dijo ella—, y terminemos de una vez.

El nada contestó, y cerrando la puerta la condujo a una amplia habitación, donde fulgían encendidas varias velas, en dos grandes candelabros de bronce, dispuestos sobre una cómoda de cedro. En el fondo de la estancia, las ascuas crepitaban en el seno de una ancha chimenea, sobre la cual, rodeada de un marco negro, descansaba la luna inquietante y profunda de un gran espejo. Al lado opuesto, una consola y un diván antiguos, un sillón frailuno. En la pared, un crucifijo de marfil palidecía expirante, mostrando sus carnes amarillentas, que las luces de la estancia teñían con reflejos leonados. Una vez allí el caballero y la dama, aquél dijo a ésta:

—Pero ¿será posible que ya no me quieras?

Nada contestó ella, y en torno se hizo un silencio abrumador.

—¿Será posible que entre nosotros acabe todo?—volvió a decir él.

—¡Y tan posible!—repuso, al fin, la dama.— He estado loca; hemos estado locos: no podemos seguir así ni un momento más. Olvídame; yo ya te he olvidado. Adiós para siempre. Lo nuestro es imposible: la Fatalidad ha interpuesto otros corazones entre nuestros dos corazones.

—Sí, será verdad; pero si no lo vimos antes, ¿qué nos importa ya todo?

—No quieras locuras que yo rechazo. Estoy resuelta a terminar contigo; ya lo verás...

Y así, vibrante, entrecortado, siguió un diálogo breve. El, apasionado, trémulo, implorante; ella, fría, impávida, resuelta.

—Hemos concluído—añadió por último la dama,—dirigiéndose, serena, hacia la puerta. El caballero la siguió. No hubo ni una frase, ni un reproche, ni un suspiro; nada. Fué una despedida muda, definitiva, cruel. Salió la dama sin volver la cabeza, y con su rumor frufruante de sedas, se alejó... El caballero volvió a la estancia. Flotaba en ésta la emoción tremante de todos los adioses; un oculto reloj de música cantó una hora, tocando en seguida una nostálgica y tenue pavana siglo-dieciochesca, que también sonaba a despedida; los leños crepitaban dolorosamente en el regazo inflamado de la chimenea; el espejo copiaba la quietud dormida de ese interior... El caballero, después de haber estado un momento en actitud de suprema desesperación, sentado al borde del diván, la cabeza doblegada, apoyada en una mano, y la otra, inerte colgándola al suelo, volvió en sí y sacando de su pecho un billete diminuto, leyó: "Al anochecer, iré. Quema este papel". Un beso de angustia puso sobre el billete, que fué a arrojar a la chimenea. Marcando un surco de dolor en la macerada faz del caballero, resbaló una lágrima, silenciosa y furtiva, como una puñalada; ardiente y asoladora, como lava. Después, con mano nerviosa, sacó de la cómoda un objeto extraño, que brilló un momento a la luz de las velas, con un trágico fulgor de metal: era una pistola cargada. Empuñóla y fuése hacia el espejo, retrocediendo inconscientemente al ver reproducida la lívida máscara de su rostro en el cristal alucinante. Mas, volviendo inmediatamente, apoyó resuelto la pistola sobre la sien calenturienta, que sintió el beso frío, mordiente, fatal del cañón; y después de haber estado unos instantes en esta actitud, siempre contemplándose en el espejo, disparó... Un ruido sordo, apagado, sin eco, desplomándose pesadamente el cuerpo del caballero. Todo quedó en misterioso y trágico silencio. Un hilillo de sangre, manando del agujero mortal de la sien derecha, esmaltaba la faz blanquísima, que las luces de la estancia encendían a veces con fulgores llameantes. La pistola, desprendida de la mano crispada, humeaba aún... El cristo marfilino parecía haber crecido, extendiendo sobre el suicida la suprema piedad de sus almos brazos, siempre abiertos en perenne inmolación... Pasó algún tiempo. El reloj de música cantó otra hora, repitiendo, como un ritornelo del tiempo que huía, la misma nostálgica pavana siglo dieciochesca...

De pronto poblóse la estancia con los cristalinos ecos de una risa infantil. Un ángel blondo, de cabellos rocortados como los pajecillos de las épocas caballerescas, había entrado. Era una niña de cuatro años, que iba a dar un beso a su padre, y al encontrarlo tendido y ensangrentado, trocándose su alegría en

(Pasa a la página 206)

ESPAÑA EN LA CONFERENCIA DEL DESARME

Reducción de armamentos, no; desarme

= De *El Sol*, Madrid =

El Gobierno que represento en esta tribuna se da perfecta cuenta de las prudentes razones que han determinado que esta Asamblea se denomine "para la limitación y reducción de los armamentos". Pero sería faltar a su organización democrática si no proclamara claramente y desde un principio, que su ferviente deseo, cuando no su ferviente esperanza, sería verla trasformarse en Conferencia del Desarme.

Al terminar la terrible guerra que asoló a casi toda Europa, lo que los pueblos esperaban de sus hombres de Estado no era la cuenta meticulosa y la comprobación matemática de los armamentos de unos y de otros estados, sino una idea diáfana de un total desarme.

Ahora bien: sean cuales fueren las dudas que esta idea haya suscitado, entre los técnicos especialmente; sean cuales fueran los titubeos de los hombres de Estado que durante doce años se han venido sucediendo en el Poder, resulta hoy evidente que el desarme, en efecto, responde a una intuición certera de la realidad actual y a una excelente comprensión esencial de la guerra moderna.



Luis de Zulueta

(Apunte de *Aristo-Tellez*)

LA GUERRA ES UN REMEDIO PARA LOS CONFLICTOS SIN REMEDIO

Hace ya tiempo que la guerra, por muy bárbara institución que fuese, tenía un sentido: cortar el nudo gordiano que los diplomáticos no habían podido deshacer. La guerra—uno de nuestros historiadores lo ha dicho—es un remedio para los conflictos sin remedio; un método desacertado, pero al fin y al cabo, un método, la "última ratio", pero al fin y al cabo una razón. La guerra, hasta hace poco se justificaba a título de excepción. Pero los tiempos han cambiado. Hoy la guerra carece de sentido. Imparcial, dentro de su absurdo, castiga lo mismo a vencedores y vencidos; lleva a la miseria común y es más fuerte que las divergencias políticas que, aun después de firmar la paz, continúan separando a los contendientes. Por eso los pueblos sienten el pesado agobio de las armas, símbolo de una fuerza falaz y de una defensa sin seguridad. La guerra entrega a la lucha sin distinciones posibles entre combatientes y no combatientes a causa de la amplitud de la acción de los beligerantes y reduce a la media hambre por el racionamiento.

Amenaza en sus rigores por los peligros cada vez más terminantes de los estados de opinión; alcanza a todas las esferas por los trastornos económicos y sociales que el carácter de la lucha lleva consigo a modo de esas epidemias monstruosas que suceden a los terremotos.

Los pueblos no tolerarán una nueva guerra, y si sus Gobiernos los arrastran, se alzarán para destruir una civilización que reniega de sus principios.

Que la política del desarme implica riesgo nadie puede negarlo; pero ¿quién no ve que los peligros de la política armada son más graves aun? Casi todos los intentos de propósitos humanitarios para la guerra han resultado estériles. Que me perdonen los oradores que me han precedido si expongo mis ideas en lo que se refiere a la oportunidad de los esfuerzos que patrocinan para prescindir de ciertos armamentos considerados como inútiles. La guerra tiene sus leyes; tiene su objeto, como la desgraciada experiencia lo demuestra, y los beligerantes no aceptarán prácticamente suprimir más que aquello que no perjudique al éxito de las operaciones militares.

Pero además nosotros estimamos algo peligroso mezclar cuestiones de esta índole con el desarme porque, por una parte, con ello se distrae a la Conferencia de su verdadera finalidad, que no es dulcificar la guerra, sino abolirla y prevenirla.

LO QUE HAY QUE ABOLIR ES SENCILLAMENTE LA GUERRA

Se han hecho aportaciones valiosas para hacer llevadera la guerra; pero así se debilita la acción del desarme. No, no es la guerra química, aérea o submarina lo que debe abolirse; lo que hay que abolir es sencillamente la guerra.

Ahora bien: para acabar con toda guerra hay que impedir la anarquía internacional; hay que crear resueltamente el orden internacional. En este caso, somos los artífices de ese orden. La Sociedad de las Naciones es su base.

Sin entrar para nada en la cuestión de si el desarme debe preceder a la seguridad o al contrario, sostenemos que ambos se lograrán mediante una organización progresiva de la paz, que no es concebible si no es universal.

Creemos, por lo tanto, y lo declaramos aquí con la mayor sinceridad y con el mayor respeto para las naciones interesadas, que en tanto que los Estados Unidos y la Unión de los Soviets no formen parte de la Sociedad de las Naciones, será difícil vislumbrar cómo podrá llevarse a cabo un desarme total.

El mundo contempla entristecido un espectáculo del cual lo menos que puedo decir es que los autores del pacto de 1919 no lo hubieran creído posible en 1932. Nadie puede dudar de que si el Consejo hubiera podido contar desde un principio con la colaboración de ambas potencias, habría estado en situación de hallar una solución y asegurar la paz en armonía con el espíritu del pacto. Sólo mediante esa colaboración continua y metódica se podría llegar a la supresión de las causas de la guerra, de las cuales, especialmente las de orden psicológico se ocupa el memorándum de la Delegación polaca, cuyo interés, sin duda, habrá sido apreciado por la Conferencia.

Quiero recordar que la Delegación española prevé este punto en lo que se re-

Encuesta de Ginebra sobre el desarme

Respuesta de Eugenio d'Ors

= De *El Sol*, Madrid =

Estoy asaltado por las perplejidades más hondas (no tengo ningún inconveniente en declararlo) en lo relativo a la cuestión del desarme.

Por un lado, como amigo de la unidad, como "impaciente de la unidad", deseo de todo mi corazón ver establecida en el mundo una paz durable, si no perpetua. Y de esta paz bien parece que el desarme es la mejor garantía.

Por otro lado, me cuesta concebir cómo el abandono de las armas—y hasta la limitación de las mismas—podrá ser posible en tanto que las naciones, tal y como existen hoy, subsistan en la idea y en el hecho.

En rigor, una nación sólo es concebible bajo especie de "nación armada", y, si es posible, más armada que la nación vecina. Diré más: en el orden teórico más puro "no hay más nación que el Ejército..." El resto—pueblo, país, comunidad de costumbres y de sentimientos, solidaridad de tradición o de raza, particularidades geográficas, creencias saber, Universidad, Iglesia nacional donde la hay, Estado—sólo corresponde a un misticismo incapaz de justificar ante la razón un cualquier contorno, o bien se limita a traducir la presencia de una convención o pacto—a menos de que se trate de un abuso de fuerza—, o corresponde, acaso, a entidades que, siendo universales por su naturaleza, toman falsamente—y muy precariamente, por otra parte—un aire nacional.

(*Pasa a la página 207*)

fiere al importante papel desempeñado por la prensa en el desarme moral. También hemos de subrayar la importancia de la colaboración femenina, y esta Conferencia deberá pronunciarse sobre las propuestas que le han sido sometidas al Consejo por nuestra iniciativa para asegurar la colaboración de la mujer en la obra de la paz y consagrar sus esfuerzos en ese sentido.

LAS CAUSAS PROFUNDAS DE LA GUERRA

Pero las causas más profundas de la guerra son acaso las que se derivan del malestar económico. El mal arranca del contraste entre la interdependencia económica de las naciones y la incoherencia resultante de la libre acción de sus soberanías. Mientras las economías nacionales no sacrifiquen sus antagonismos en aras de una armonía internacional que se eleve por cima de sus límites, el edificio de la paz estará cimentado sobre arena movediza.

Por lo que afecta a España, habiendo contribuído desde un principio a la obra del desarme, que lleva el sello de la labor realizada durante cinco años por uno de mis compatriotas, mi amigo y colaborador el señor Madariaga, mi patria vería con júbilo consolidado, precisado y desarrollado este primer esquema de ciudad internacional.

España desea que se extienda el uso del arbitraje obligatorio, la solución jurídica de los conflictos, la aplicación rigurosa y resuelta de los Convenios para prevenir la guerra y de los de asistencia financiera. En una palabra: todo sistema de ayuda mutua y de buena voluntad, que es la verdadera garantía de la paz.

Más que nuevos textos, España prefiere ver los antiguos, menos olvidados, más acatados, menos... interpretados.

Y dentro de este orden de ideas, España quiere que las demás naciones la acompañen en un programa audaz de desarme, que implicaría:

En tierra, reducción de los armamentos, tanto personales como materiales, hasta el límite estrictamente necesario para las guarniciones interiores, para las obligaciones internacionales y para el servicio de la Sociedad de las Naciones.

En el mar, reducción de las flotas hasta el mínimum necesario para la vigilancia de las costas, neutralización de los estrechos y contribución nacional a la flota de Policía internacional.

En el aire, supresión absoluta de la aviación militar e internacionalización de la comercial.

ESPAÑA Y LA GUERRA

Si entre los que me honran escuchándome hay alguno a quien este programa parezca un tanto utópico, me permitiré recordarle que la República española, espontáneamente, ha dado prenda de su propósito decidido de acercarse a este ideal que propugnamos.

La Constitución española, en su artículo 6º dice textualmente: "España renuncia a la guerra como instrumento de política nacional". En su artículo 7º dice: "El Estado español acatará las normas universales de Derecho internacional, incorporándolas a su Derecho positivo", y en su artículo 76: "Los Tratados y Convenios internacionales ratificados por España deberán ser registrados en la Sociedad de las Naciones con arreglo al artículo 18 del Pacto de la Sociedad, a los efectos que en él se prevén. Los Tratados y Convenios secretos y las cláusulas secretas de cualquier Tratado o Convenio no obligarán a la nación". En su artículo 77 dice: "El Presidente de la República no podrá firmar declaración alguna de guerra sino en las condiciones prescritas en el Pacto de la Sociedad de las Naciones y sólo una vez agotados aquellos medios defensivos que no tengan carácter bélico y los procedimientos judiciales o de concliiación y arbitraje de los Convenios internacionales de que España fuera parte, registrados en la Sociedad de las Naciones", y por último, en su artículo 78: "El Presidente de la República no podrá cursar el aviso de que España se retira de la Sociedad de las Naciones sino anunciándolo con la antelación que exige el Pacto de la Sociedad y mediante previa autorización de las Cortes, consignada en una ley especial votada por mayoría absoluta".

Estos artículos de nuestra Constitución os mostrarán que para España ha llegado el momento de incorporar inmediatamente a la realidad las obligaciones morales de una nueva sociedad internacional.

España ha llevado también a su organización militar las consecuencias de esos principios jurídicos, puesto que ha reducido en una mitad el número de sus divisiones y en más de dos tercios el número de sus oficiales. España ha reducido también espontáneamente el tonelaje de su Marina de guerra y ha introducido en sus presupuestos militares, navales y aéreas rigurosas reducciones.

Con esto quiero deciros que, si por defecto de las condiciones políticas y jurídicas que acabo de exponer, nuestro programa de desarme total no pudiera tener efectividad inmediata, mi Gobierno se asociará gustoso a todos los esfuerzos hechos por esta Conferencia para introducir en el estado actual de los armamentos la indispensable y restrictiva reforma que la opinión exige.

A este respecto, nos ha sido grato oír a la mayoría de los delegados que nos han precedido en esta tribuna proponer medidas concretas y realizables en materia de desarme.

Sin comprometernos desde ahora en aceptar en detalle todas esas propuestas, creemos que proporcionarán directrices estimables para enmendar y completar el proyecto de convenio que, como es natural, debe servir de base a nuestros trabajos. Séanos permitido asimismo aportar a esa obra nuestra modesta colaboración.

No me propongo en este momento entrar en pormenores de nuestra propuesta, porque dentro de breves instante tendré el honor de depositarla en la Mesa de la Conferencia; pero sí quisiera exponer ante vosotros el espíritu que la anima y los grandes rasgos de su perfil.

El principio general que preside nuestra proposición consiste en que nuestros esfuerzos deben concentrarse sobre el período que precede a la guerra, con el fin de reforzar el sentimiento de mutua confianza y evitar que los conflictos se envenenen. De aquí se deduce nuestra creencia de que es indispensable que el organismo internacional constituído por el Pacto, los diversos Tratados y la inspiración ginebrina funcionen con la mayor eficacia. En esto, por lo demás, es en lo que creemos que podrían coincidir quienes juzgan que el desarme debe preceder a la seguridad y quienes consideran que el desarme debe seguir a aquélla. Porque si es cierto, como antes dijo el honorable primer delegado de Italia, que precisamente en el momento en que se elaboraban los instrumentos de la seguridad aumentaban en el mundo las cifras globales de los gastos militares, no es menos verdad que esta multiplicidad de los instrumentos de seguridad es una prueba de fracaso.

Cierto es que esta debilidad no podría explicarse por los Tratados, los cuales en su mayoría, son suficientes, sino por una especie de escepticismo tácito acerca de su valor ejecutivo, escepticismo que los acontecimientos, desgraciadamente, parecen justificar.

Por ello concentramos la energía sobre el hecho siguiente: que la condición primordial de la paz es reforzar el respeto a los Tratados establecidos y que es inútil dotar a la Sociedad de las Naciones de fuerzas materiales si le negamos la fuerza moral indispensable para que pueda emplearlas.

Compartimos también el criterio de las Delegaciones que ya han propuesto la abolición de los armamentos francamente agresivos. Creemos que es del todo factible llevarlo a la práctica.

Proponemos, pues, la supresión de la artillería de largo alcance y de gran movilidad, así como los carros de combate, buques de gran tonelaje, artillería naval de largo alcance y toda clase de aeroplanos militares.

Proponemos igualmente la publicidad más completa con respecto a los armamentos y a los establecimientos militares capaces de fabricarlos, en armonía con el último párrafo del artículo 8º del Pacto.

Proponemos el más severo y completo control del plan de desarme que se adopte.

Estimamos, por último, que ese plan debe quedar explícitamente establecido sobre la base del artículo 8º del Pacto, porque consideramos que, con arreglo a los términos de dicho artículo, los miembros de la Sociedad de las Naciones, en materia de desarme, no pueden estar sometidos al régimen establecido por un tratado en período de estudios de un nuevo convenio y que, en consecuencia, una vez terminada la tarea que aquí nos reune, los armamentos de los diferentes miembros de la Sociedad de las Naciones entrarán definitivamente dentro del régimen internacional y cesarán para siempre de ser síntomas de la anarquía internacional, lo que jurídicamente era antes de la entrada en vigor del Pacto y lo que de hecho todavía continuará siéndo-

lo hasta el día en que esta Conferencia termine sus trabajos.

En cuanto al convenio en sí, nosotros proponemos que sea seriamente reforzado en lo que concierne al material de guerra. Aceptamos la limitación indirecta presupuestaria; pero creemos que simultáneamente es indispensable completarla mediante la adopción del triple sistema siguiente: limitación de los depósitos por medio de inventario intervenido, aceptación por parte de todos los países del convenio de comercio internacional de armas de 1925 y adopción de un convenio, que redactará el presidente de la Conferencia, estableciendo la intervención más rigurosa y eficaz posible de la fabricación privada y del estado de armas y municiones.

Es este punto sobre el cual los trabajos de la Sociedad de las Naciones nos parecen especialmente defectuosos. El artículo 8º del Pacto dice en su párrafo 15: "Considerando que la fabricación privada de municiones y material de guerra suscita serias objeciones, los miembros de la Sociedad encomiendan al Consejo tome medidas adecuadas para evitar sus enojosos esfuerzos, teniendo en cuenta las necesidades de aquellos miembros de la Sociedad que no pueden fabricar las municiones y el material de guerra necesario para su seguridad".

PALABRAS FINALES

Desgraciadamente, en el transcurso de sus prolongados trabajos, las diferentes Comisiones que se han ocupado de esta cuestión no han conseguido elaborar un proyecto de Convenio aceptable.

La delegación española, que atribuye la mayor importancia a este asunto, solicitará, por tanto, de la Conferencia que tenga a bien estudiar durante el curso de sus tareas este extremo, que estimamos verdaderamente eficaz para el control del material de guerra y como garantía de paz.

Estas son las ideas concretas que mi Gobierno desea someter a la Conferencia. La España republicana considera la paz internacional no como un ideal hacia el cual debemos orientarnos, sino como una imperiosa necesidad que origina realidades.

Cree el ministro español que ha pasado el momento de la organización puramente nacional, y que, desde ahora en adelante, los Estados no podrán cumplir sus fines sino a condición de coordinar sus esfuerzos dentro de una organización más amplia y más elevada, o sea el mundo. La salud de esa organización es la paz. La paz debe ser la resultante de un continuado esfuerzo de inteligencia y de buena voluntad. A tal fin, el mundo puede contar con esta vieja nación, cuyos intereses son universales, aunque inmateriales, y cuyo espíritu moderno está al servicio de la nueva esperanza que anima a la Tierra.

Luis de Zulueta

Epitalamio tonto de Charlot

(El Circo)

= *Envío del autor* =

I

En una noche oscura salí sin ser notado.
¿De un huevo de lagarta? ¿De un huevo de Ave-Fénix?
En una noche oscura salí sin ser notado.

Un rabo de conejos me está haciendo cosquillas,
un rabito minúsculo que juega en mi garganta.
También mi corazón es un rabito tímido.
Y es una estrella de papel ajada...

Y es larva débil, burbuja
al borde de su latido:
burbuja débil que sueña,
burbuja frágil que canta.

La cola de un macaco
me hace un nudo de pronto en la garganta.
¡Qué cosquilleo alegre para llorar un siglo!

II

Tire una pelota y gane diez muñecas.
Emoción. The whip.
(Me he convertido en rueda y en espejo.)
El laberinto. (Mi angustia se repite en cien espejos.)
Lost link: el hombre mono. Save yur money.
Proteja la línea del peligro.

«Mejor es esperar en Jehová que esperar en [hombres.»
«Mejor es esperar en Jehová que esperar en [príncipes.»
«Bienaventurados los idiotas; bienaveturados [los caballos.»

El rabito de un conejo sigue haciéndome cosquillas.
Mi corazón: una estrella arrugada de papel.

Oh! sandwichs de la alegría,
Alegría del imbécil sabrosa como un het-deg.
Muerdo mi melancolía:
Mi melancolía......
—longaniza de Chicago—

Quiero dar la vuelta al mundo
patinando en el pie izquierdo:
resbalar como una anguila
de las uñas de los hombres.

Muchacha, muchacha ingenua:
¡Si yo pudiera cazar la mosca de tu sonrisa!

«Bienaventurados los idiotas;
bienaventurados los tiranos..
y el coronel del Circo.»
Muerdo mi melancolía—longaniza de Chicago—

III

Quiero dar la vuelta al mundo con mis zapatos [de nickel;
de nickel frío y de luz.
Voy a correr por el mundo de zanahoria y pea-nut.

Quiero por un cielo grande huír de los policías.
Quiero irme
con el mágico bastón y sin la estrella estrujada
y con mi melancolía—longaniza de Chicago—

Huirme con la burbuja
débil que canta y que sueña.

Quiero irme al Paraíso resbalando en el pie izquierdo.

Emilio Ballagas

La Habana, 1932.

JOHN M. KEITH & Co., Inc.
SAN JOSE, COSTA RICA
Agentes y Representantes de Casas Extranjeras
Cajas Registradoras "NATIONAL"
The National Cash Register Co.
Máquinas de Contabilidad "BURROUGHS"
Burroughs Adding Machine Co.
Máquinas de Escribir "ROYAL"
Royal Typewriter Co., Inc.
Muebles de Acero y Equipo para Oficinas
Globe Wernicke Co.
Implementos de Goma
United States Rubber Co.
Maquinaria en General
James M. Montley, New York
JOHN M. KEITH, Socio Gerente.
RAMON RAMIREZ A., Socio Gerente.

Estampas

Para Don Juan Montalvo no hay fiestas escolares. La cosa del Pan-American Day, en cambio, da un paso adelante.

= Colaboración directa =

Para don Juan Montalvo no hay fiestas escolares. ¿Qué importa a los veintiún gobiernos panamericanizados que Ambato diera hace hoy cien años un gran luchador? La panamericanización no busca gente inconforme. El arrebañamiento es el principio cardinal de la política a que sirve la ruidosa Unión Panamericana. Don Juan Montalvo no puede perturbar el calendario de una organización imperialista. Por eso no hay para él fiestas escolares y sí las hay para el Pan-American Day. El centenario del nacimiento del grande hombre de la América nuestra pasa sin recuerdo oficial. No conviene hacer pensar en un hombre cuya vida fué ejemplo constructivo. Ahora no hay ánimo de construir espíritus vigilantes. La vigilancia es molesta. No deja hacer en paz la digestión. Mientras nadie manifieste inconformidad, mientras los crímenes y las rapacidades queden en el silencio cómplice la política de expansión crecerá. Bien lo sabe la Unión Panamericana cuando funda el Pan-American Day y hace que los veintiún gobiernos sometidos al yugo imperializante celebren y traten de difundirlo. ¿Qué papel puede jugar don Juan Montalvo en un plan de adormecimiento continental? Vendría a disociar, a acabar con la gran obra de "Amistad y buena inteligencia que caracteriza las relaciones entre los pueblos del Nuevo Mundo", que dicen los discursos poligrafiados y diseminados por la Unión Panamericana. Lo mejor es que el centenario de don Juan Montalvo no tenga conmemoración en la América nuestra. Con haber nacido un hombre tan inconforme estos pueblos no recibieron beneficio alguno. En cambio con haber nacido la Unión Panamericana brotó una fuente de amistad y de entendimiento. En ella se concentran los poderes que acaban con todas las calamidades nuestras. Las juventudes deben saludarla y metérsela en el corazón. A don Juan Montalvo no reservarán nada, ni un pensamiento, ni un recuerdo piadoso.

La Unión Panamericana, que se ha arrogado la visión del destino común de estos pueblos, dice en las hojillas poligrafiadas distribuidas anticipadamente "que a juzgar por los informes que ha venido recibiendo, procedentes de todas las Naciones Americanas, la celebración este año (del segundo aniversario del Pan-American Day) va a revestir extraordinaria y significativa importancia".

Sería conveniente publicar esos informes. ¿Qué pueden decir de una fecha estúpida los gobiernos de estas naciones? Vivimos en una nación panamericanizada, la más pequeña posiblemente, y no nos hemos dado cuenta de los hechos que van a hacer de significativa importancia el día en que nació la organización que se ha transformado en centro de absorción imperialista. El Pan-American Day está siendo impuesto, no por medio de la marinería, sino por la presión ejercida sobre los gobiernos. Mentira que exista por un día maldito devoción ni respeto. La Unión Panamericana es una agencia de dominio norteamericano. Y por el dominio no tenemos estos pueblos admiración. Vemos la política dominadora con absoluto odio. La consideramos funesta y la combatimos con valor. A los escolares se les hará cantar y repetir necedades el 14 de abril de cada año. Pero no trabaja la Unión Panamericana en campo propicio al arrebañamiento. Lo que los escolares hagan es por imposición. Esté segura de ello. Y toda imposición es negativa en el plano de la amistad y del entendimiento que invoca la flamante organización de las conferencias numeradas. La realidad dice que no queremos entender fraternidad en el Departamento de Estado que nos da trato de vasallos. Oficialmente puede estamparse en las hojillas poligrafiadas un gran movimiento espontáneo en favor del Pan-American Day. Pero es un día muerto. Lo han recibido estos pueblos con repulsión y con indiferencia.

El sermón de la misa oficiada en Washington en sufragio del Pan-American Day lo ha pronunciado el señor Curtis, personaje del Departamento de Estado. Es un sermón que pide a las "juventudes de todas las Américas" cooperación. ¿Para qué? Para la Unión Panamericana. Las juventudes deben sustentarla y dice el sostén del imperialismo que confía en la obra de estas juventudes a las cuales considera fuertes y capaces de una obra de acercamiento. ¿Qué decir al elogio calculado? Don Juan Montalvo, para quien no hay fiestas escolares en su centenario currido un día antes que el Pan-American Day, está luchando con la sotana encarnada en el nuncio Mario Mocenni. La sotana halaga al nativo ecuatoriano y don Juan Montalvo le replica: "¿Hemos de creer que un clérigo de allá del Tíber, que viene con santimonias pecuniarias, les ame entrañablemente a los negros de Guayaquil y los cholos de Quito, que se llaman soldados, tan luego como llega al teatro de sus operaciones?" También podemos contestar al señor Curtis con don Juan Montalvo: ¿Hemos de creerle a él, vicepresidente de los Estados Unidos, pilar del imperialismo, sus halagos a la gente nueva de la América nuestra? Si para ustedes, señor Curtis, estos pueblos sólo están poblados de nativos, negros de Guayaquil y cholos de Quito. Mentira que la estimación sea el sustento de la amistad que en apariencia nos ofrecen. No ha sabido el imperialismo encontrar generaciones dignas de patrias de libertad irrestricta. Oficialmente se nos halaga en ceremonias muertas y se nos pide cooperación. Pero de esa farsa no queremos vivir. Nos da el imperialismo trato de colonos. Lo comprendemos y no queremos prestarnos a la vergüenza de un juego indigno. La Unión Panamericana fué transformada de inofensiva agencia comercial en detestable garfio esclavizador. No es posible hablar a la gente nueva de la América nuestra en el tono de mentira en que habla la Unión Panamericana por medio de sus voceros de alto copete. Ya vamos aprendiendo a no dormir. Por esta circunstancia es que volvemos ansiosos el pensamiento a los hombres que vigilan, que vigilaron, que siguen vigilando. Don Juan Montalvo no cerró un instante su mirada al panorama político y social de su Ecuador. Combatió la impostura. Nos dió una enseñanza que aprovechamos en su centenario para decir al imperialismo que nos está devorando, que vamos despertando movidos por la voz de los mayores. Don Juan Montalvo es de los grandes.

Porque es de los grandes no lo exalta la Unión Panamericana.

¿Qué hizo por su centenario? ¿A qué gobierno pidió en hojillas poligrafiadas fiestas escolares y regocijos oficiales? Imposible que el organismo concebido dentro de una absorción de gobiernos y de naciones, procure exaltar la figura de un luchador. Las veintiún repúblicas panamericanizadas tienen todas derecho por igual en la mesa redonda de la Unión Panamericana. Si el nombre de don Juan Montalvo hubiera caído en esa junta de diplomáticos, muchos de ellos lo habrían repulsado con satánica indignación. ¿Cómo va la Unión que pugna porque haya amistad y entendimiento entre estos pueblos y los Estados Unidos a traer una discordia envenenada? Allá los apartadizos que se reunan a recordar a don Juan Montalvo. Pero no la Unión Panamericana en donde Machado y Juan Vicente Gómez y Sánchez Cerro tienen sus representantes. ¡No! Don Juan Montalvo no merece en su centenario el recuerdo que reserva la Unión Panamericana a las castas descastadas.

Mas, nosotros, la gente nueva que espera mover el señor Curtis, respondemos al centenario de don Juan Montalvo. Exaltamos la figura combativa de ese grande de nuestra América. Para él no tenemos Pan-American Day. Tenemos los trescientos sesenta días del año en que la absorción imperialista nos hace vigilar, no descuidar un instante la patria acechada y podrida por tanto canalla y bribón. Don Juan Montalvo luchó valientemente contra los pícaros de sotana y de sable y contra la picardía guarecida en los hombres abyectos. No debemos olvidarlo. Volvamos a don Juan Montalvo. Que no lo extermine el imperialismo. Al imperialismo le conviene la desaparición de toda voz de justicia y probidad. A nuestros pueblos les conviene la multiplicación de esas voces. Mientras las tengamos fuertes nos salvaremos. Ellas hablarán con su don profético. Y nos guiarán. Y nos harán claro el camino. En cambio, muertos para la devoción que piden hombres como don Juan Montalvo, seremos una raza de pigmeos, estropajo del imperialismo. El centenario de don Juan Montalvo ha de señalar la partida de una

lucha fecunda. El imperialismo lo sume en el silencio. Pero nosotros lo iluminamos, le quitamos bruma. Tenemos que combatir mucho. Como combatía él contra tanta cobardía aunada para destruirlo. Volvamos a don Juan Montalvo, pero no para buscar su estilo literario, sino para ponernos en contacto con su gran alma combativa. Hay que dar muchas batallas. Démoslas unidos. Nos desunen. Comprendámoslo. No quieren que nos interesemos por don Juan Montalvo, porque precisamente en él se juntan las fuerzas que dan en el sepulcro con muchas maldades, con muchas picardías. Interesémonos por las cosas de estos países. No a la manera de la Unión Panamericana. Sino combatiendo, fomentando el espíritu de lucha. No dejemos que se nos arrebañe. Para vencernos nos pacifican e invocan como tarea digna de la loa más encomiástica aquella menguada de la pacificación. Pacificados veremos con indiferencia el mal que nos ocurre. Y el mal de estos pueblos es mal común. Lo sabe la Unión Panamericana cuando no habla de don Juan Montalvo que combatió soldadotes como Veintemilla y letrados como García Moreno. Lo sabe y guarda silencio, porque allí están Machado y Juan Vicente Gómez y Sánchez Cerro en cordialísima relación con la Unión Panamericana. Los despotismos sirven mejor que ningún otro gobierno los planes del imperialismo yanqui. Para que se les dé ayuda entregan atado un país. Y don Juan Montalvo es el azote severo de los despotismos. Cómo los deshizo y sufrió por ellos. Lo persiguieron, pero su espíritu indomable no capituló.

Volvamos a don Juan Montalvo, no lo olvidemos. En su centenario difundamos el conocimiento de este grande de la América nuestra. Más que esa farsa de la panamericanización debe interesarnos el núcleo de hombres que ha trabajado efectivamente por la libertad de nuestros pueblos. Han sufrido humillaciones, persecuciones. Sin embargo, con espíritu de sacrificio inmenso, la lucha los ha tenido medio a medio. Conmueve oír decir a don Juan Montalvo en **El Heraldo de las Siete Catilinarias:** "Pero he trabajado por mi parte tanto y tan sin fruto en el corazón y en el entendimiento de mis compatriotas, que al fin el desengaño es cumplido: pueblo que no tiene amor a la libertad, mira como enemigo a los campeones de ella". Volvamos a don Juan Montalvo y hagámonos dignos de sus luchas formidables. Digámosle que sí ha dado fruto su enseñanza. Busquémoslo amorosamente para mostrarle el corazón de la gente nueva, de aquella que el imperialismo busca y halaga hipócritamente, corazón lleno de aspiraciones en bien de la libertad de estos pueblos. Busquémoslo con desvelo. No nos mire coreando los sermones de una organización funesta de imperialismo que lo excluye de todo recuerdo cuando él llega a los cien años de haber asomado a un continente lleno de pícaros y de malhechores. Pero busquémosla realmente. Inspirémonos en don Juan Montalvo si no queremos perecer. Nos absorbe el imperialismo yanqui con la complicidad del criollo descastado. Y don Juan Montalvo luchó contra la picardía organizada. Es un guía grande, porque somos pueblos con amor a la libertad. El es campeón de esa libertad. Exaltémoslo en su centenario para que el desengaño no sea cumplido en su memoria fecunda.

Juan del Camino

Costa Rica, 13 de abril de 1932.

La justicia, en la tormenta,
quedó como buque náufrago.

Mil voces, como mil olas,
en espuma se encresparon:
La turba, siempre canalla,
a la luna ha sentenciado:
Mil corazones las puertas
de la caridad cerraron:
Mil piedras suben del suelo
al levantarse mil brazos,
hasta que Daniel descubre
que mintieron los ancianos,
y, como viento que barre
nubes de cielo nublado,
limpia de ancianos y pueblo
la plaza frente a palacio.

¡Halle su timón el buque,
en el mar que se ha calmado!

El rey dice: ¿Me perdonas?
Luz de luna inunda el patio.
Parece perlas, la luna:
que cae, casta, en sus manos:
Hace música, la luna,
en la pila azul, rielando:
Se hizo silencio, la luna,
en medio al cielo estrellado.
¡Qué fríos tienes los pechos:
Qué helados tienes los labios:
Qué fijos tienes los ojos!
En sus mejillas el llanto,
que hace rato secó el viento,
rastro de sal ha dejado.

¡Esos no son los luceros
sino cirios parpadeando!

Salomón de la Selva

San José de Costa Rica,
marzo de 1931.

IMAGENES DE LA LUNA

Susana

= Envío del autor =

Susana, esposa del rey,
se recreaba en el baño:
Se hacía perlas, el agua,
de tornasol, en sus manos:
Se hacía música, el agua,
cuando se iba deslizando;
Se hacía silencio, el agua,
como de cielo estrellado,
bajo sombra de su cuerpo,
en la pila azul del patio.
¡Carne de la luna nueva,
blanca de luceros blancos!

¡Susana, esposa del rey,
dos viejos te están espiando!

En la verde enredadera
circunferencia del baño,
tiemblan rugosos los dedos
flacos de las cuatro manos:
Los candiles de cuatro ojos
humo negro están soltando
y dan amarillas luces,
que han visto la luna en alto
sus dos puntas los pezones
de los finos pechos pálidos.
De repente, la lascivia
se hizo voz de cuatro labios:
¡Si te dieras a nosotros!
¡Siquiera que te tocáramos!

La luna nueva se esconde:
Indices la amenazaron.

Brazos de mar de la vida
que años adentro han quedado,
en tormenta de lujuria
los dos lúbricos ancianos
codiciosos de la luna
su marea desbordaron:
Las garzas de su despecho
alzan el vuelo gritando,
con las patas estiradas
y con el cuello estirado:
Fragor de garzas de ¡acuso!
celos del rey despertaron:
Alas de garzas de estero
como manchas han pasado
sobre el blancor de la luna
enaureolado de llanto.

INDICE

20 LIBROS QUE LE INTERESAN:

Julio Vicuña Cifuentes: *Estudios de métrica española* .... ₡ 4.50
F. Gladkov: *La nueva tierra.* (Apuntes de una maestra) 4.00
Ben Jonson: *Volpone o El Zorro* 3.00
Th. Birth: *La cultura romana* 3.00
Dr. Bruno Weil: *El proceso Dreyfus* 4.25
Ramón Pérez de Ayala: *Tigre Juan.* Novela 3.75
Benjamín Jarnés: *Zumalacárregui.* El caudillo romántico 3.75
Pío Baroja: *Las horas solitarias* 3.50
A. Gabor: *Espías y saboteadores. El proceso de los ingenieros de Moscú* 3.50
Max Nettlau: *Eliseo Reclus, la vida de un sabio justo y rebelde.* 2 tomos 5.00
Elías Erenburg: *Citroen* 3.75
Alfonso Reyes: *Calendario* 2.00
Enrique José Varona: *Violetas y ortigas.* Notas críticas 3.25
José Enrique Rodó: *Motivos de Proteo.* 2 tomos 5.00
Lafcadio Hern: *Kwaidan.* Cuentos fantásticos. Historias y estudios de extrañas cosas 2.50
H. Barbusse: *El infierno* 4.00
Pedro Emilio Coll: *El castillo de Elsinor.* Palabras 3.25
Teodore Dreiser: *El financiero* 4.25
Carlos Preyra: *El mito de Monroe* 3.50
Salvador de Madariaga: *Arceval y los ingleses.* Juicios póstumos sobre Inglaterra que escribió Julio Arceval 3.50

Solicítelos al Adr. del *Rep. Am.*



Qué hora es...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, ejemplos, incitaciones, perspectivas, noticias, revisiones...

La inconveniencia de los exámenes espectaculares, restos de la Edad Media

= De *La Opinión*. Santo Domingo =

Sábado, febrero 13, 1932.

Sr. Director de **La Opinión.**
Ciudad.

Muy señor mío y amigo:

He visto con sumo interés el editorial de su interesante diario, de fecha 11 de febrero, relativo a las recientes disposiciones del Consejo Nacional de Educación sobre la exención de exámenes para los alumnos de las escuelas secundarias en las asignaturas en que obtengan un promedio no menor de 14 puntos (sobresaliente). Estoy de acuerdo en general con las opiniones que en el mencionado editorial se expresan y aprovecho la oportunidad para dar las gracias a usted, así como a otros órganos de la prensa nacional, especialmente el "Listín Diario", por la valiosa cooperación que prestan a la labor de la Superintendencia General de Enseñanza.

Quiero hacer observaciones sobre la referencia que se hace en el mencionado editorial al valor pedagógico de los exámenes. Efectivamente, como allí se dice, la pedagogía moderna se inclina a la supresión de los exámenes, **es decir, a la supresión del examen oral de fin de curso como única sanción para todo un año de trabajo del estudiante.** Esta prueba única, mero resto de los "actos públicos" de la Edad Media, resulta una extraordinaria molestia para el estudiante y acaba por borrar en él el interés del conocimiento puro, poniendo en su lugar el interés de ser aprobado en el examen. Se olvida la necesidad de aprender de tal manera que se recuerde siempre lo aprendido y se estudia solamente para "pasar". Naturalmente, se descuida el estudio durante la mayor parte del año y se acumula todo en el final, en vista de la proximidad de los exámenes.

Muchos medios ha ido sugiriendo la pedagogía moderna para atacar ese mal. En general, existen hoy dos maneras de comprobar el aprovechamiento de los estudiantes: una, que suprime totalmente los exámenes de fin de curso, y otra, que lo combina con pruebas que se realizan durante el año. El primer sistema, que es usual en los Estados Unidos y en la mayoría de las naciones de Europa, comenzando por Alemania y Austria, es el que personalmente prefiero. Comprendo, sin embargo, que no es fácil pasar bruscamente de una organización en que todo dependía del examen final a otra organización en la cual este examen desaparece del todo. La Ordenanza sobre exámenes que el Consejo Nacional de Educación dictó el año pasado, durante la época en que desempeñó el cargo de superintendente el doctor Max Henríquez Ureña, implantó el sistema mixto, introduciendo así una gran innovación que ya se echaba de menos en nuestro país. La nueva Ordenanza, dictada el día 10 del presente mes de febrero, agrega la posibilidad de que se eximan del examen final en determinada asignatura los alumnos que en ella obtengan las más altas notas. Esta exención, que se acostumbra en países de la América del Sur (por ejemplo la Argentina), es un primer paso, y permitirá estudiar las posibilidades de ir modificando gradualmente nuestro sistema de prueba hasta llegar al más moderno. Su propósito es hacer que el alumno tenga interés en estudiar todo el año y no remita al final del curso la necesidad de sumar conocimientos.

Atentamente le saluda,

Pedro Henríquez Ureña

Evocación romántica...

(Viene de la página 200)

terror, su risa en lamentos, salió gritando: "Mi papá, ¡ay mi papá!"

Acudió gente, se llenó la casa. Alguien a la vista del cadáver exclamó:—"Es el señor Larra, que le llamaban El Fígaro, y que escribía en ese periódico "El Laurel".

Larra, era, efectivamente, Mariano José de Larra, que inmortalizó el seudónimo de Fígaro y cuyo espíritu genial, el más sutil, escéptico, mundano y fino que haya florecido en los albores del siglo xix, después de haber sonreído de todo, aun cuando por dentro estaba llorando, no supo sustraerse a la racha romántica; y él, tan realista en su vida, fué a tal punto soñador en su vida, que la truncó con su sacrificio, poniendo a su plena juventud ese punto final de tragedia, que es la más cruel y desgarradora de las ironías. Si su obra es escéptica y real, los labios de su herida cantan el más apasionado y férvido himno de fe romántica que escucharse pudo en el tiempo de los poetas pálidos y melenados que bebían vinagre, blasfemaban de Dios, maldecían de la existencia y se paseaban por los cementerios, cantando sus pesares a la luna, que—Colombina ideal—seguía su camino, ya serena, ya ocultándose, ya sonriéndoles, como a tristes Pierrots de la eterna farsa de la vida... Si el romanticismo de los demás era puramente formal, externo, el de Larra fué hondo, sentido, sincero; el pistoletazo final dice más del malestar de una existencia, que toda una lírica congoja. Larra, burlándose de la sociedad de su tiempo, estaba ya enfermo del mismo mal de Werther, y su alma se quemaba en el mismo fuego pasional de Macías, el Doncel de don Enrique de Villena, el Doliente, cuyos amores imposibles sintió como propios, no teniendo para expresarlos, como los expresó de manera inimitable, sino que copiar su propio corazón, que estaba clavado a la cruz de idéntico martirio. ¡Cómo no estremecernos al recuerdo de aquel hombre que, juzgando inútil la vida, supo inmolarse con un gesto petroniano, libertando a su alma, mariposa de luz, que puso un temblor divino sobre los hombres, sobre los hechos, sobre las cosas! La vida de Larra es la tragedia interna, inconfesada, la que desgarra todas las fibras y, sin embargo, apenas se dibuja en los labios, la segura, la definitiva. En su obra, debajo de su escepticismo elegante, de su humorismo genial, de su sátira fina, saltan latidos de dolor

BANCO NACIONAL DE SEGUROS

DEPARTAMENTO DE VIDA

Tenemos el gusto de anunciar un nuevo beneficio con nuestras pólizas de seguro de vida

INDEMNIZACION DOBLE en caso de la muerte accidental del asegurado.

Es decir, EL BANCO PAGARA EL DOBLE DE LA SUMA ASEGURADA, si la muerte sobreviene a causa de un accidente. Este beneficio se concede mediante el pago, por año, de una extra prima de uno o dos colones por cada mil de seguro.

infinito. Un desencanto inmenso le posee. Poco antes de morir, en su penetrante artículo del día de difuntos, escribía: "...Quise refugiarme en mi propio corazón... ¡Santo cielo! También otro cementerio... Mi corazón, no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! Aquí yace la esperanza..." Y cuando muere la esperanza, ¿qué se puede hacer?... Al saber la noticia del fin del malogrado Larra, dicen que Espronceda exclamó: "Ha hecho bien en matarse..."

Al día siguiente, 14 de febrero, salía de la casa de la calle de Santa Clara el fúnebre cortejo. Ni carro mortuorio, ni curas, ni coronas. En hombros de seis amigos y seguido de un grupo de personas enlutadas, iba el féretro. Era una tarde pluviosa y fría, y los escasos transeuntes que encontraban el cortejo, se detenían comentando misteriosamente. Al oír que era un suicida, no faltó una vieja que se persignara de prisa, masculIando un "Dios nos guarde".

Casi al anochecer, llegó el entierro a un rincón del cementerio de Fuencarral. El féretro yacía en tierra, descubierto, mostrando el rostro lívido y perfilado del cadáver. El sepulturero, provisto de las herramientas de su oficio, estaba inclinado junto a la caja, preparando la fosa. En torno, formando semicírculo, emocionados, descubiertos, podía verse a Bretón de los Herreros, el Duque de Frías, Espronceda, Ventura de la Vega, Escosura, Roca de Togores, Julián Romea, Carlos Latorre, Mesonero Romanos García, Gutiérrez, Hartzenbusch, Nicomedes Pastor Díaz y otros personajes de la época. Hubo dos o tres discursos, alguno de ellos hermoso, sentidísimo. Al terminar el último orador, iba a dispersarse la concurrencia, cuando, sin que nadie supiera de dónde, surgió ante el féretro la figura de un adolescente cenceño, pálido, enfundado en un largo levitón negro. Un fulgor extraño irradiaba de sus ojos ansiosos; una luenga melena le caía en cascada obscura y ondulante hasta cerca de los hombros, y unas cuartillas temblaban en sus manos febriles. Volvieron todos a ocupar su sitio, quedando al centro el joven desconocido, de marfileño rostro, que, elevando los ojos al cielo, suspiró, más que recitó, las estrofas de una extraña elegía. Concluyó desfalleciente, trémulo. Un murmullo de admiración, que hasta entonces había ido aumentando poco a poco, brotó, al fin, en todos los labios que se preguntaban impacientes: "¿Quién es? ¿Quién es?—"Es un muchacho poeta que ha venido de Valladolid"—dijo alguien.—"Se llama José Zorilla"—añadió otro.—Un tercero, que se había fijado en el color rojo con que estaban escritos los versos, exclamó: "¡Y están escritos con sangre!" El poeta, que lo alcanzó a oír, no pudo dejar de sonreír. Bien sabía él que aquello era sólo el tinte rojo que había aprovechado del buen cestero que le albergaba en su hogar. Pero, como si con sangre hubiesen sido escritos, aquellos versos reveladores y dolorosos, fueron fecundos: en ese mismo instante inolvidable, al borde de la tumba del más grande prosista, quedó consagrado el más alto poeta castellano del siglo xix, surgió el sol romántico de España...

Esto es lo que vió nuestro espíritu en esa vieja calle, ante la casa de Fígaro, mientras las notas luctuosas y suspirantes del adiós a la vida pucciniano que desgarraba, de manera lamentable, una orquesta de ciegos, rimaban exactamente con los últimos estertores de esa tarde sombría, de esa tarde de Larra...

Quito. Ecuador. 1932.

César E. Arroyo

Respuesta de Eugenio d'Ors...

(*Viene de la página 201*)

No habrá, pues, auténtico desarme posible entre naciones obstinadas en mantenerse como tales. Otra cosa sería si pudiese hacer a ellas y en ellas afirmarse la voluntad de "dimitir" de su papel histórico, en beneficio de una comunidad superior... Yo quisiera que esta voluntad existiese. Creo que existe. Espero que se abra ya camino en cada país entre las minorías lúcidas. Mis grandes esperanzas están aquí, únicamente aquí.

Por el instante, la reunión de una Conferencia, de la cual puede salir una convención internacional, parece de todos modos susceptible de servir para una reglamentación colectiva de los armamentos, parecida a la que, en el seno de cualquier sociedad regular, existe con referencia a los armamentos privados. Y cuya utilidad se encuentra principalmente en los obstáculos que pone al abuso—sin lograr, no obstante, hacer imposible la violencia—, y muy capitalmente en la ilusión de seguridad creada por este medio, lo cual permite a los hombres el empleo de sus energías en los nobles fines de la actividad pacífica.

En cuanto a los efectos económicos del desarme, o, mejor dicho, de esta reglamentación, nos engañaríamos probablemente si los previésemos como demasiado favorables. Es de temer que las naciones desarmadas, o que tal se dijeran, no se volverían, por este simple hecho, ni más ricas ni más prósperas; la prosperidad y el incremento de la riqueza no pueden ser alcanzados más que por una Humanidad cuya estructura política unitaria permita una organización más sensata del trabajo y del consumo, y, sobre todo, un empleo más generosamente espiritual de los recursos de la naturaleza y de la cultura.

Siento no poder dar, en conciencia de filósofo, una respuesta más categórica a su encuesta. Ni más capaz de traer apoyo a las tesis adoptadas por una cualquiera de las partes en litigio en ocasión de la efervescencia de opinión, provocada por la Conferencia del Desarme.

(De *El Sol*. Madrid).

Testimonios

Ya siendo niño (1) cuando se educaba con su hermano y con los otros niños, se le tenía por el más aventajado. Porque todos los hijos de los nobles persas se educan en las puertas del palacio real, donde puede aprenderse mucha cordura y no hay peligro de que se oiga o vea nada feo. Allí conocen, unas viéndolos y otras de oídas, a los que son honrados con el rey y a los que incurren en su degracia, de suerte que desde niños aprenden a mandar y a obedecer.

Educado de estas forma, Ciro se mostró como el más juicioso de los de su edad y hasta más dispuesto a obedecer a los ancianos que sus compañeros de condición inferior.—Jenofonte. (Anabasis).

(1) Ciro

A los niños debiera enseñárseles a leer en esta frase:

La agricultura es la única fuente constante, cierta y enteramente pura de riqueza.—José Martí.

Otro motivo que debiera influir en el ánimo de los maestros para llenar cumplidamente sus deberes, es el deseo de elevar la profesión a que pertenecen. "Todo hombre", dice Lord Bacon, "es deudor de su profesión", lo que si no me engaño quiere decir que todo hombre por el mero hecho de pertenecer a una corporación, contrae la obligación de prestarla algún servicio importante. Sin duda que se tendría por deshonroso no hacerlo.—Horacio Mann.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería "TRAUBE"

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.
Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias.

Cervecería, Refresquería, Oficinas, Planta Eléctrica, Taller Mecánico, Establo

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

FABRICA:

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSE - COSTA RICA

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X

REPERTORIO AMERICANO
SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Suscrición mensual ₡2.00
EXTERIOR: El semestre, $ 3.25 / El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

INTERPRETACIONES

Juan Ramón-Tagore

= De *El Sol*. Madrid =

Examinemos los mapas de Europa y Asia. Dos peninsulas, la India y España, se señalan al sur de cada continente.

Como dos peninsulas también, en el océano poético, avanzan dos nombres: Juan Ramón Jiménez y Rabindranath Tagore.

He aquí: un mismo cielo para dos bosques, Juan Ramón y Tagore frente a frente, tienden un puente a la luna desde la alberca de Moguer hasta el asiático Kaddam. Y atravesando el espacio, silente, cruza el niño sobre Platero, a la luz de **La luna nueva**, de Oriente a Occidente.

Dos bosques azules unidos por un lirio o por un rápido vencejo de la inspiración, que se mantiene intangible en los espacios. Hay, sin duda, un momento en esta trayectoria en que, para acentuar más su carácter de semejanza, se tocan y confunden en un punto. Es éste el "punto—tránsito—" de una traducción, de varias traducciones.

Mas hay que tener en cuenta que la palabra "traducción" cobra aquí un sentido superior al que en general suele dársele. Traducir una obra de Rabindranath, como de Juan Ramón, significa un esfuerzo de asimilación bien semejante. Y el más ligero error—cuando es ésta la calidad poética de que se trata—puede conducir a insospechadas distancias de interpretación.

El conseguir dicha exactitud supone, desde luego, una proximidad intelectual, tanto mayor si la traducción, aunque supeditada, se convierte en una labor creadora. Tales son las traducciones de Zenobia Camprubí, en las que, por otra parte, y como cosa natural, el hálito de Juan Ramón aporta nuevos quilates al valor total de traducción: ésta, en ese preciso momento, deja de serlo para trasformarse en una lenta transición de dos espíritus.

Mas, sin embargo, observad que no son de un mismo palacio estas dos estatuas; la santa rebelión, en Tagore, son sus apostólicas barbas blancas, plácidas, despreciando el desprecio.

Un anhelo, un ansia de infinito refleja cada buen niño de Tagore; un oscilar de superación también.

A veces, lo que se podría llamar supersensibilidad filosófica en busca de un hálito celeste.

En Juan Ramón son realzados sus tilos amarillos por simbólicas amapolas de protesta.

Como sangrientas zarzamoras hispanas, las **Baladas de primavera**, las canciones de **Regalo de amante**, los desvíados — a veces — gritos de la primera antología, señalan la escala cromática de su magnífico espectro.

Malva y plata es la casi constante tonalidad de su espíritu, siempre florido en color.

Juan Ramón es el color mismo. El color en blandos poemas, como el pan moguereño.

Como suaves gajos de naranja, las oraciones líricas de **Gitanjali**, los anhelantes diálogos de Amal con su jardinero, esperando al cartero del rey.

Además, un nuevo valor acumulan estas dos figuras: un valor objetivo y puramente representativo; una dirección luminosa que abre paso a una posterior generación no española, no india; algo por encima de las naciones y de las razas, universal y magnífico, poniendo en contacto los más diversos tonos poéticos.



Juan Ramón Jiménez

De este contacto ha surgido, sin duda, el chispazo renovador de una rebelde generación. Es su rebeldía nuevas maneras, nuevos horizontes; espíritu nuevo, en suma; destructor y creador, por consiguiente.

Representan, sin duda, el tono de un lirismo tan auténtico como exclusivo. Un lirismo en las cosas mismas, no sobre las cosas.

Se entiende: en las campanitas azules y blancas mariposas de Juan Ramón, como en las ajorcas de Rabindranath Tagore, hay una esencia que escapa a las facultades investigadoras del análisis. Vibran en una plenitud de matiz conseguido, y complementario, se diría, en cada uno de ellos. Así, hay momentos en que, por una a simple vista paradójica asociación de ideas, vemos en Tagore momentos de un indudable andalucismo; andalucismo, desde luego, exclusivo de Juan Ramón, del mismo modo que algunos espasmódicos arrebatos de éste no son más que finos cambiantes de un puro crepúsculo oriental.

Sin embargo, y precisamente por esto, es necesario—indudablemente necesario—, para situar bien estas dos figuras, trascender a innumerables puntos de vista, colocándolos subjetivamente individuales, aunque una penetrante mirada totalizadora y abstracta haga presuponerlos como un solo dosel con dos facetas.

Observemos, pues, e indaguemos, si es preciso, en la calidad poética de cada uno.

Escuchad los silenciosos pasos de Tagore, seguido de los también callados pasos infantiles, que anhelan, ingenuos, perfección, superación y aun felicidad de filosófica renuncia, comprendiendo de antemano la única actitud posible en la vida: una quietud plena en desdibujados deseos, en pacificas añoranzas de reposo, del puro reposo de la ingenuidad.

Pensad que un niño puede hacer feliz a un sereno deseando fervorosamente su linterna maravillosa.

Pensad también que, aunque un padre puede impunemente emborronar cuartillas de papel, no debe ser permitido cortar éstas en mágicos buques que, puestos en el arroyo, se irán alejando, alejando... ¡Quizá hasta el infinito! ¿Pasando, acaso, por debajo de aquel puente?...

Mirad, mirad este niño; contempladle bien: absorto en su infantil navegación, abismado también en su silencio, cuando el magnífico juego de los palitos, más divertido, sin duda, que el sordo aburrimiento del padre escribiendo a más y mejor.

¿No es, acaso, este niño toda una raza? ¿No late en sus venas todo el misterio del nirvana hindú, estoicamente brahamánico?

Esa es su vida y ésa es su fuerza: una quietud absorta en lo indecible.

Y éstos son, sin duda, los espléndidos niños tagorianos.

Deteneos a contemplar ahora esta algarabía de colores, este ángelus maravilloso de flores que caen sobre nuestros hombres, sobre las campanas, invadiéndolo todo.

¡Qué gritos, qué alegre desorden, cuando Platero, ¡el tonto de Platero!, apoya su tierna cabezota en el cristal.

Sí, sí; mucho tenéis que correr, dulces niños, para ganar el libro de estampas que, como premio, os ofreció el poeta; mucho tendréis que correr, porque al final, la gordezuela niña retrasada, entre risas y lloros de protesta, os arrojará aquella breva, y una blanda batalla—blanda de puro emocional—empezará entonces, acabando por envolver con vuestros ardientes proyectiles la cándida impasibilidad de Platero, que será entonces único blanco de vuestra cólera infantil.

Mucho tendréis que correr, porque, al ser hombres, un ideal de vacilantes prisas arrebatará vuestras almas con un fuego desconocido de fe en la llegada primero que nadie a la meta de una dicha soñada; mucho, para que nadie os la arrebate, aun cuando algo ingenuo y más torpe, sin querer casi, os gane el inútil premio de vuestra añoranza esperanzada.

Arturo Serrano Plaja

Una enmienda

Debe hacerse en el artículo *Juan Montalvo y yo* que entregamos en la edición pasada. En la columna tercera de la pág. 186, al final del artículo, dice:

la cirujía heroica de la esteva para dar a luz

Debe decir:

la cirujía geórgica del arado para dar a luz

En las *ediciones del «Convivio»* acaba de publicarse una obrita, inédita a la fecha, de ROBERTO BRENES MESÉN. Se titula:

LAZARO DE BETANIA

Es una novela corta, casi un poema. Páginas en que el saber y la emoción se aunan al estilo magistral.
Precio del tomito elegante: ₡ 2.00.
Remitido al exterior: $ 0.50 oro am.

Solicítese al Admor. del *Rep. Am.*

Imprenta LA TRIBUNA